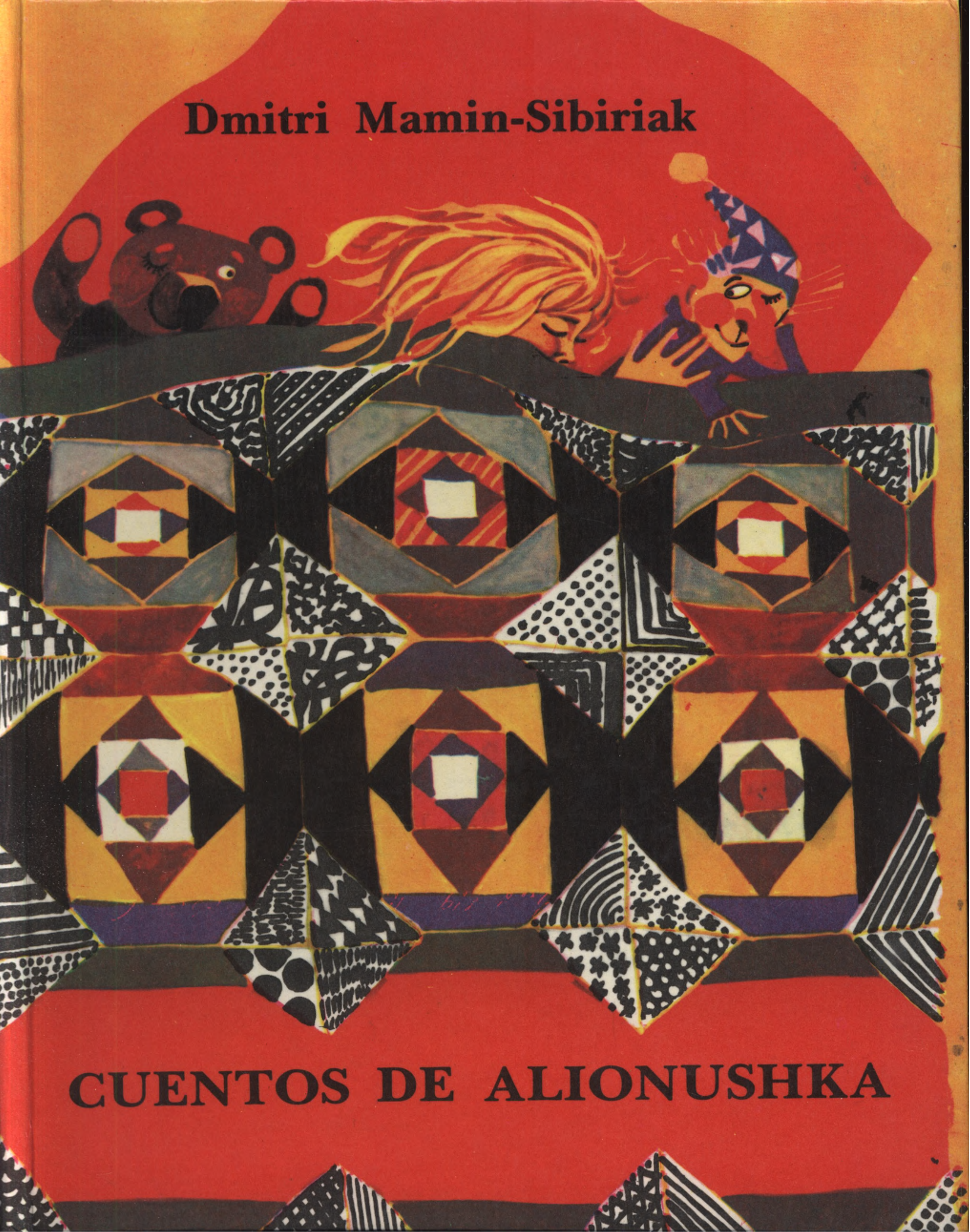
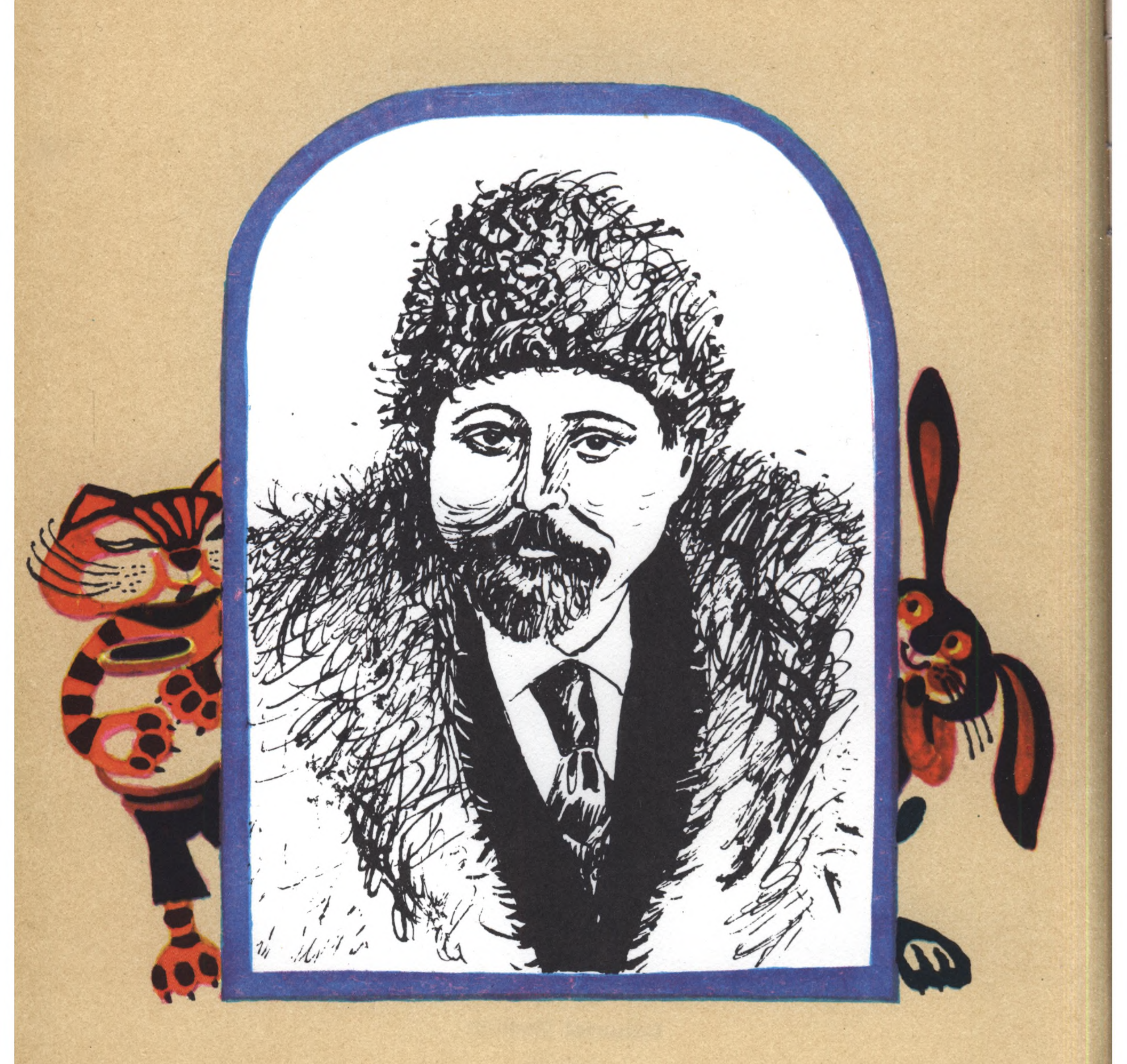

Dmitri Mamin-Sibiriak
CUENTOS DE ALIONUSHKA


Editorial Ráduga
Moscú
GENTE NUEVA

Dmitri Mamin-Sibiriak



CUENTOS DE ALIONUSHKA



Traducido del ruso

Dibujos de Gueorgui Yudin

Д. Н. Мамин-Сибиряк

АЛЕНУШКИНЫ СКАЗКИ
(на испанском языке)

M $\frac{4803010101-311}{031(05)-85}$ 143-85

Impreso en la URSS

ISBN 5-05-000163-3

CUENTOS DE ALIONUSHKA
DE D. N. MAMIN-SIBIRIAK

En la calle reina la oscuridad. La nieve esponjosa cubre las ventanas. Aliónushka se acomoda en su camita, pero no se quiere dormir hasta que su padre le cuente un cuento.

Dmitri Mamin-Sibiriak, padre de la niña, era escritor. Trabaja con fervor en su nuevo libro. Luego se levanta y se acerca a la cama de Aliónushka, y desde un cómodo sillón empieza a contar... La niña escucha con atención la historia de un pavo tonto que creía ser el más inteligente. Otra, sobre los juguetes que estaban de visita y cómo terminó la fiesta. Los cuentos son maravillosos, uno más interesante que otro. Pero un ojito de Aliónushka ya duerme... Duerme Aliónushka, duerme, vida mía.

La niña se duerme y coloca su manecita bajo la mejilla. Sigue nevando... Así pasaban, padre e hija, las largas tardes de invierno. La madre de Aliónushka no los acompañaba porque había muerto hacía tiempo. El padre quería a la niña con todo su corazón e hizo todo lo que pudo para que la vida le sonriera.

El miraba a su hijita dormir y recordaba su infancia. Vivieron en un pequeño poblado industrial, en los Urales. D. Mamin-Sibiriak nació hace mucho, en 1852. Por ese entonces, todavía en la fábrica trabajaban esclavos. Trabajaban desde el amanecer hasta el anochecer. Y aún así, vivían sumidos en la miseria. Sin embargo, sus amos y señores nadaban en la abundancia. Temprano, cuando los obreros iban a la fábrica, volaban a su lado las troicas* con los ricos, que se dirigían a su casa después del baile.

Dmitri Narkísovich nació en una familia pobre. En su casa se contaba cada centavo. Sus padres eran muy bondadosos y la gente se sentía atraída por ellos. Al niño le gustaba que los artesanos de la fábrica los visitaran. Ellos sabían muchos cuentos y fascinantes historias. Mamin-Sibiriak recordaba de modo muy especial la leyenda sobre el osado bandido Marzak, que tiempo atrás vivió escondido en los Urales. Este les quitaba las pertenencias a los ricos y las repartía entre los pobres. La policía zarista nunca logró atraparlo. El niño escuchaba con gran atención cada palabra, y quería ser tan valiente y justo como Marzak.

El espeso bosque, donde, según la leyenda, se escondió Marzak, comenzaba a pocos pasos de la casa. Las ardillas saltaban de rama en rama, por el lindero del bosque corría una liebre, y en la espesura, era posible

* Tiro de tres caballos *(N. del T.)*

encontrarse con el mismísimo oso. El niño conocía todos los senderos. Paseaba por la orilla del río Chusováya, le atraían las cadenas montañosas, cubiertas de pinos y abedules. Estas montañas se perdían en el horizonte, por eso siempre asociaba vastas extensiònes salvajes con la libertad.

Los padres despertaron en el niño el amor a la lectura; y así, leía sin parar a Pushkin, Gógol, Turguéniev y Nekrásov. Muy pronto nació en él un gran fervor por la literatura. Desde muy temprana edad llevaba su diario.

Pasaron los años. Mamin-Sibiriak se hizo el primer escritor que contó la vida de los Urales. Escribió decenas de novelas y narraciones, cientos de relatos. En ellos, con cariño reflejaba la vida de las gentes sencillas y su lucha contra la injusticia y la opresión social.

Dmitri Narkísovich también escribió muchos cuentos infantiles. Su propósito era enseñar a los niños a apreciar y comprender la belleza y riqueza de la tierra, a amar y respetar al hombre trabajador. Decía: "Es una dicha escribir para los niños".

Mamin-Sibiriak decidió escribir los cuentos que había narrado a su hija y los publicó en un libro titulado *Cuentos de Aliónushka.*

En estos cuentos, junto con Aliónushka, ustedes verán bosques, montañas, mares y desiertos, días soleados de gran colorido y la generosa belleza de la naturaleza rusa.

Los protagonistas de sus cuentos, son los mismos de muchos cuentos populares: el oso peludo y torpe, el hambriento lobo, la miedosa liebre y el pícaro gorrión. Ellos piensan y se comunican entre sí como personas, pero sin dejar de ser auténticos animales. El oso es poco esbelto y torpe, el lobo, malo, el gorrión, travieso, ágil y camorrista.

Sus nombres y apodos nos ayudan a imaginarlos mejor: cuando el autor habla de un Mosquitón, el Narigón, se trata de un mosquito grande y viejo, y si de un Mosquitín, el Nariguín, se refiere a uno pequeño e inexperto.

En sus cuentos los objetos cobran vida, los juguetes celebran sus fiestas y se pelean; las plantas hablan. En "Llegó la hora de dormir" las delicadas flores del jardín se enorgullecen de su belleza. Parecen gente rica, ataviada de trajes costosos. Pero las sencillas flores del bosque son las preferidas del escritor.

Mamin-Sibiriak se compadece de algunos de sus protagonistas, de otros se burla. Escribe con respeto sobre los hombres trabajadores y critica a los perezosos y holgazanes.

El escritor no soportaba a los presuntuosos, a quienes piensan sólo en sí mismos. El cuento "Había una vez una Mosquita solitaria" trata sobre una mosca tonta, convencida de que las ventanas fueron hechas para que ella pudiera entrar y salir de las habitaciones; que servían la mesa y sacaban confitura de los estantes para invitarla; y que el sol brillaba sólo para ella. ¡Claro, así sólo podía pensar una mosca tonta y presumida!

¿Qué hay de común entre la vida de los peces y la de los pájaros? El escritor responde a esta pregunta en su cuento "Don Gorrión Gorriónez, don Gobio Góbiez y Yasha, el alegre deshollinador". Aunque el gobio vive en el agua, y el gorrión vuela, tanto el uno como el otro necesitan comer, buscan el pedazo más apetitoso, sufren de frío en invierno y en verano también viven muchas situaciones desagradables...

En todas partes la unión hace la fuerza. El oso puede ser muy poderoso, pero si los zancudos se unen lo vencerán. Esto lo refleja en el cuento "Don Mosquito Mosquítez, el Narigudo y don Miguelito, el Peludo". De todos los cuentos, los más entrañables para Mamin-Sibiriak son los *Cuentos de Aliónushka* de los cuales dijo: "Es mi libro preferido, lo escribí con todo mi amor y por eso sobrevivirá a los demás".

Andréi Chernishev

REFRAN

Duérmete, bien mío, duérmete, mi amor...

Un ojito lo tiene Aliónushka abierto, otro cerrado; una orejita duerme, la otra escucha.

Duerme, Aliónushka, duerme, linda niña, que papá te va a contar un cuento. Todos han acudido ya: el hermoso gato Vaska, y Postoyko, el lanudo perro de la aldea, y el ratoncito gris, y el grillo del hogar, y el estornino, de colores chillones, y el gallo pendenciero.

Duerme, Aliónushka: en seguida va a dar



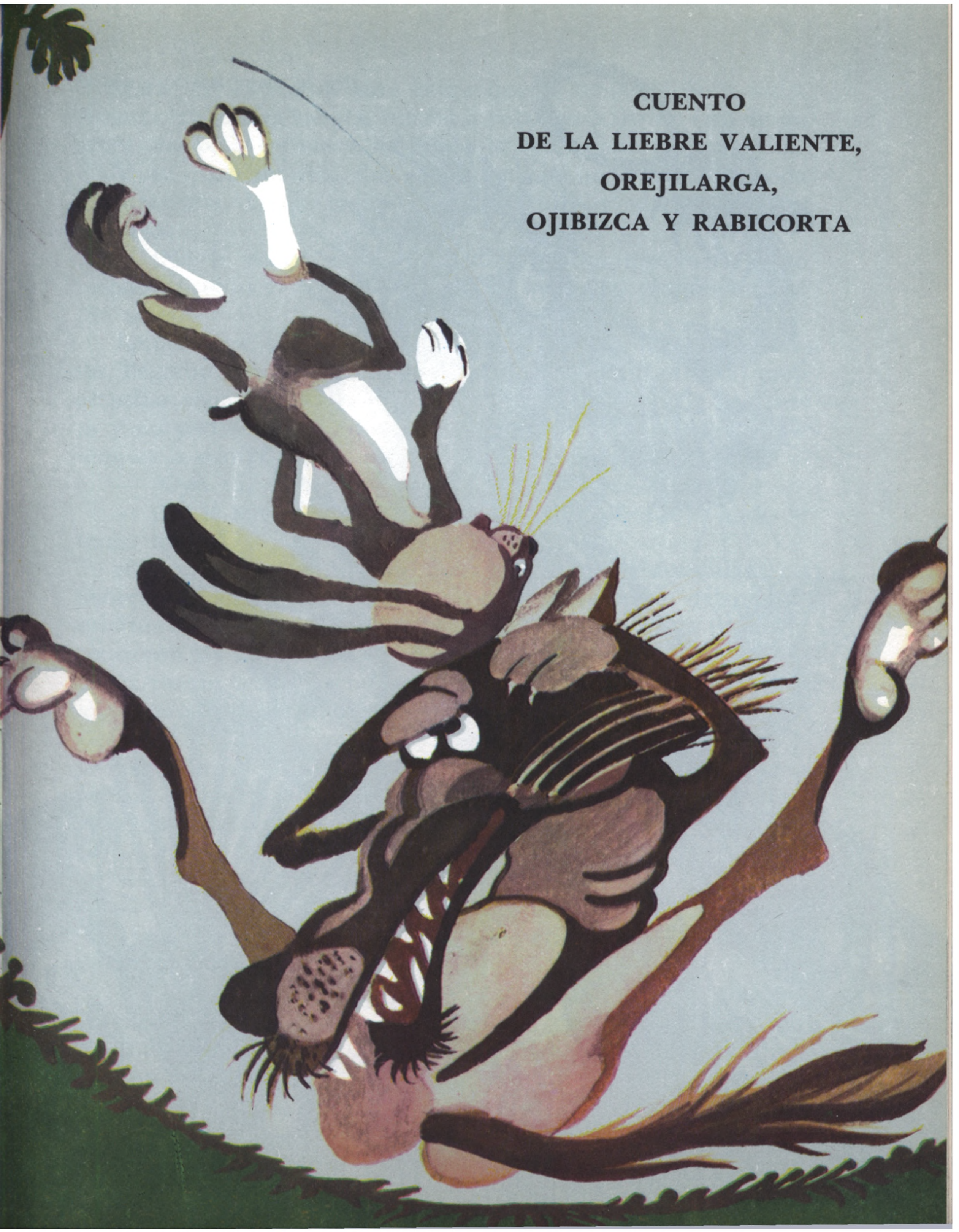


comienzo el cuento. A través de la ventana se ve brillar en lo alto la luna; acaba de pasar renqueando la liebre bizca, con sus botas de fieltro; los ojos del lobo relucen con múltiples chispas doradas; Mishka, el oso, se chupa la pata. Un viejo gorrión se ha posado en la ventana y golpea el cristal con el pico, preguntando si falta mucho para empezar. Todos están aquí, ya se han reunido, esperando el cuento de Aliónushka.

Un ojito lo tiene Aliónushka abierto, otro cerrado; una orejita duerme, la otra escucha.

Ea, ea, ea. Duérmete, bien mío, duérmete, mi amor...





CUENTO DE LA LIEBRE VALIENTE, OREJILARGA, OJIBIZCA Y RABICORTA


¡No le tengo miedo a nadie!

Nació en el bosque una liebre que le tenía miedo a todo. Apenas crujía una ramita, echaba a volar un pájaro o caía de un árbol una pella de nieve, ya estaba la liebre muerta de miedo.

Y así pasó un día, dos, una semana, un año entero toda amedrentada. Luego creció, se hizo grande y se hartó de ser miedosa.

— ¡No le tengo miedo a nadie! —gritó tan fuerte, que resonó en todo el bosque—. ¡Ea! ¡Ya no tengo ningún miedo! ¡Se acabó!

Reuniéronse las viejas liebres, vinieron las pequeñas liebrecitas, llegaron renqueando las más ancianas, todas acudieron para escuchar cómo alardeaba la liebre Orejilarga, Ojibizca y Rabicorta y no podían dar crédito a sus oídos. ¡Que una liebre no le temiera a nadie! ¡Jamás se había visto tal cosa!

— ¡Oye, tú, Ojibizca! ¿Qué, ni al lobo le tienes miedo?

— ¡No le temo ni al lobo, ni a la zorra, ni al oso! ¡A nadie le tengo miedo!

¡Eso ya pasaba de la raya! Soltaron una risita disimulada las liebres jóvenes, tapándose el hociquito con sus patas delanteras, echáronse a reír las bondadosas liebres ancianas y hasta sonrieron los viejos machos, que más de una vez habían caído en las garras de la zorra y no ignoraban a qué sabían los dientes del lobo. Pero ¡qué liebre más graciosa! ¡Pero qué requetegraciosa!... Grande fue el alborozo de las liebres.

Como si hubieran perdido el juicio, pusiéronse a retozar, a brincar, a hacer piruetas en el aire y a correr unas tras otras, para darse alcance.

— ¡No hay más que hablar! —gritaba la liebre, toda envalentonada—. Si topo con el lobo, yo misma me lo comeré...

— ¡Qué liebre más graciosa! ¡Pero qué tonta es!...

Las liebres se daban cuenta de que era tonta y tenía la mar de gracia, y todas se reían.

Hablaban las liebres del lobo y el lobo estaba ahí, ahí cerquita.

Había estado el lobo recorriendo el bosque dedicado a sus asuntos lobunos, cuando le entró hambre y pensó: "Bueno sería

matar el hambre con una liebrecita". En aquel preciso momento oyó a las liebres que chillaban y le mentaban. Detúvose en el acto, husmeó el aire y comenzó a aproximarse sigilosamente.

Acercóse el lobo al lugar en que retozaban las liebres, y oyó cómo se mofaban de él y, más que ninguna, la fanfarrona liebre Ojibizca, Orejilarga y Rabicorta.

"Ahora verás, amiguita, a ti es a quien me voy a comer" —pensó el lobo gris y se asomó para ver qué liebre alardeaba de valiente.

Las liebres, que de nada se habían dado cuenta, seguían retozando de lo lindo.

Hasta tal punto se envalentonó la liebre fanfarrona, que se subió a un tocón y, sentándose sobre sus patas traseras, exclamó:

— ¡Oídme, cobardes! ¡Oídme y miradme bien! ¡Vais a ver una cosa! Yo... yo...

Quedó la liebre muda de espanto: veía al lobo, que tenía puestos en ella sus ojos.

Las demás liebres no lo veían, pero ella, que lo estaba viendo, no se atrevía ni a respirar.

Lo que luego ocurrió fue algo extraordinario.

La liebre fanfarrona dio un brinco, como si fuera un balón, y tal era el miedo que tenía, que fue a caer sobre la ancha frente del lobo, rodó sobre su espalda, dio otra voltereta en el aire, y escapó con la rapidez del rayo.

Corrió y corrió la desdichada liebre, hasta que se le agotaron las fuerzas.

Parecíale que el lobo iba pisándole los talones y que, de un momento a otro, la atraparía con los dientes.

Al fin, totalmente extenuada, cerró la pobre los ojos y rodó, exhausta, bajo unas matas.

Mientras tanto, corría el lobo a todo correr en dirección contraria. Cuando la liebre le cayó encima, parecióle al lobo que alguien había disparado un tiro.

El lobo salió de estampía. Al fin y al cabo, en el bosque había muchas liebres y ésa parecía estar rabiosa. Mucho tardaron en recobrarse las demás liebres. Unas habían huido hacia unas

matas, otras se hallaban escondidas tras un tocón o se habían arrojado a algún hoyo.

Cansáronse, al fin, de estar escondidas y las más valientes de ellas comenzaron a asomarse.

— ¡Menudo susto le ha dado al lobo nuestra liebre! —dijeron a una—. Si no fuera por ella, no habríamos salvado el pellejo. Y ¿dónde está, por cierto, nuestra intrépida liebre?

Y se pusieron a buscarla.

Venga a buscarla y a buscarla y no lograban dar con su paradero. ¿No se la habría comido otro lobo? Por fin, atinaron con su escondrijo: se hallaba en un hoyo, bajo unas matas, medio muerta de miedo.

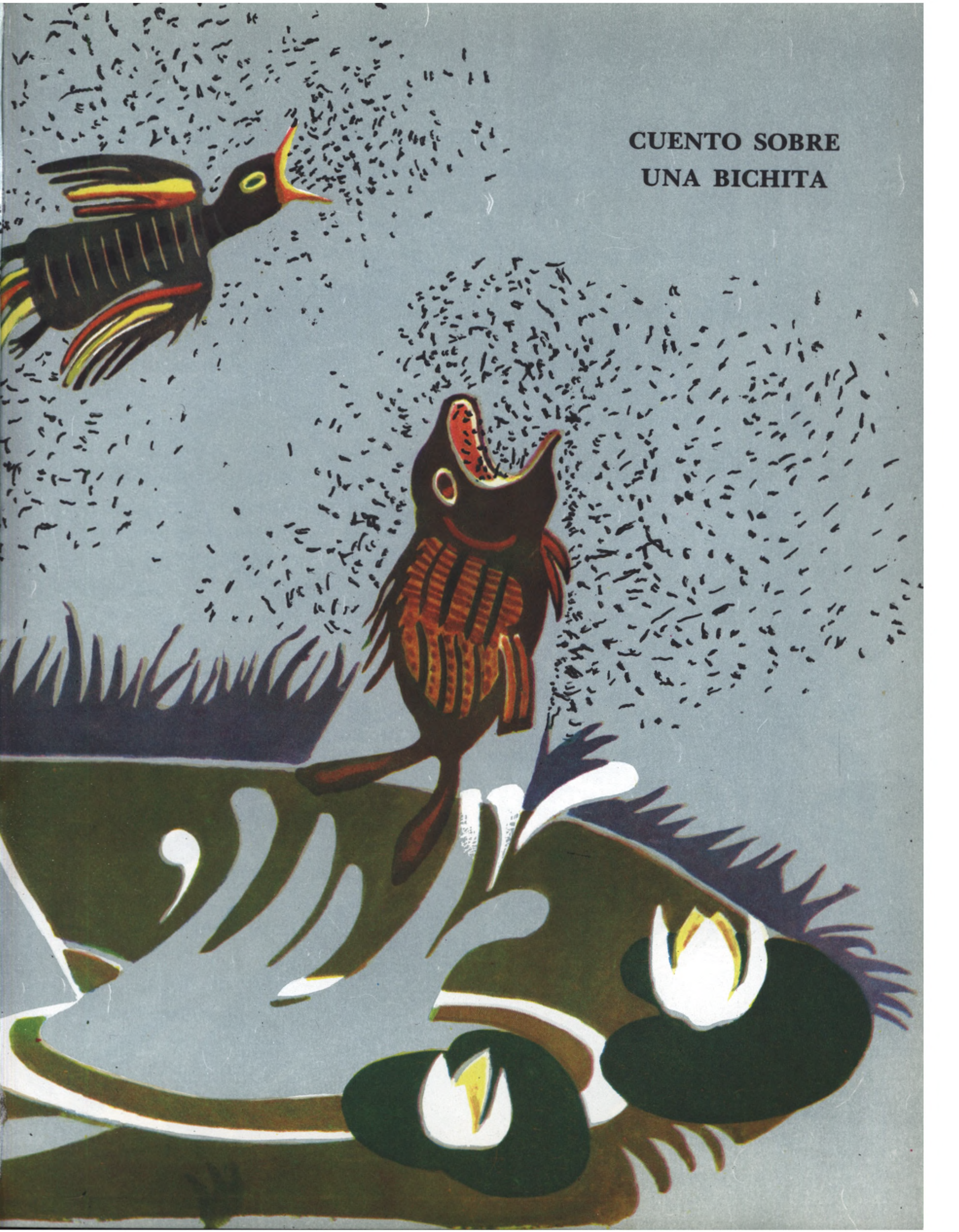
— ¡Eres una valiente, Ojibizca! —gritaron las liebres a una—. ¡Vaya con esta Ojibizca!... Menudo susto le has dado al viejo lobo. ¡Gracias, hermana! Y nosotras que creíamos que era pura fanfarronería.

Cobró aliento al instante la liebre valiente y, saliendo de su escondrijo, se sacudió, entornó los ojos y pronunció, recalcando las palabras:

— ¡Y qué os habíais figurado vosotras, cobardes, más que cobardes!

Desde entonces, la liebre valiente empezó a creer que de veras no le tenía miedo a nadie.




CUENTO SOBRE
UNA BICHITA

¡Todo es mío!



1

Nadie sabe cómo nació la Bichita.

Fue un día soleado de primavera. Bichita miró a su alrededor y se dijo:

— ¡Qué bonito, qué bonito!...

Abrió sus alitas y se restregó sus finas patas. Miró otra vez a su alrededor y se dijo:

— ¡Qué bien... qué solecito más tibio, qué cielo tan azul y qué prado más verde! ¡Qué bonito... y todo es mío!...

De nuevo se restregó sus patitas y emprendió el vuelo. Volaba y se admiraba de todo. Sentíase muy alegre. Abajo, el prado reverdecía, en éste vivía una florecita roja.

— Bichita, ven conmigo —exclamó la pequeña flor.

Bichita descendió, y comenzó a beber su dulce néctar.

— ¡Qué buenecita eres! —le dijo la Bichita mientras se limpiaba el hociquito.

— Sí, buena, buena, pero no sé caminar —se quejó la florecita.

— De todas maneras está bien —aseguraba la Bichita—. Y todo es mío...

El zumbido de un peludo Abejorro, la interrumpió. Este se posó en la flor.

— Zzz... Zzz... ¿quién entró en mi florecita? Zzz... Zzz... ¿quién se bebió mi dulce néctar? Zzz... Zzz... ¡Ah, fuiste tú, malévola Bichita. ¡Lárgate! Zzz... Si no, te picaré.

— Perdón... ¿qué significa esto? —chirrió la Bichita—. Todo, todo es mío...

— Zzz... mientes, todo es mío...

Temerosa la Bichita, huyó del gruñón Abejorro. Se sentó en el prado, se chupó las patitas untadas de néctar y dijo con enfado:

— ¡Qué burdo es este Abejorro!... ¡Es el colmo!... Hasta amenazó con picarme, siendo yo la dueña de todo: del sol, del prado y de las flores.

— ¡No, qué va, si el dueño soy yo! —dijo el peludo Gusanito

mientras trepaba por un tallo. La Bichita vio que el Gusanito no podía volar y le respondió envalentonada:

— Perdón Gusanito, se equivoca... Usted se arrastra y yo no le molesto. Conmigo, mejor no discutir...

— Bueno, bueno, sólo le pido que no toque mis hierbitas. En verdad, esto no me gusta... Son muchos los que por aquí revolotean, como usted. Gente poco seria, en cambio, yo sí que soy serio. Hablando con franqueza, aquí todo me pertenece. Mire, me trepo a una hierbita y me la como, me arrastro hacia cualquier florecita y también me la como. ¡Adiós!...

2

En pocas horas la Bichita lo supo todo: que además del sol, del cielo azul y del prado verde, había abejorros gruñones, gusanitos serios y espinas en las flores. Sintió una gran desilusión e incluso se ofendió. ¡Caramba! Estaba convencida que todo le pertenecía y había sido creado para ella, y resulta que los demás pensaban también lo mismo. No, hay algo que no está claro... esto no puede ser.

La Bichita voló un poco más y vio el agua.

— ¡Ah, esto sí que es mío —exclamó con gran alegría—. Agüita mía, ¡qué felicidad! Aquí hay prado y florecitas.

A su encuentro volaron otras bichitas.

— ¡Hola, hermanita!

— ¡Buenas, queridas!... ya me estaba aburriendo de volar sola. ¿Qué hacen aquí?

— Jugamos, hermanita... Ven con nosotras. Aquí lo pasamos bien... Dinos, ¿eres muy jovencita?

— Nací esta mañana... Casi me pica un Abejorro, luego me encontré con un Gusanito... Yo pensaba que todo era mío, pero ellos dicen que no, que todo les pertenece.

Las otras bichitas la tranquilizaron y jugaron con ella. Sobre el agua formaron un torbellino, dieron vueltas, volaron y chillaron. Nuestra Bichita, llena de alegría, se olvidó pronto del

Abejorro gruñón y del Gusanito serio.

— ¡Ah, qué bueno! —susurraba con ánimo—. Todo es mío: el sol, el prado y el agua. Por qué los demás pelean, no lo entiendo. Todo es mío. Y yo a nadie molesto. Que vuelen, que zumben, que se diviertan, a nada me opongo.

La Bichita jugó, se llenó de alegría y luego sentóse a descansar en la hierba del pantano. ¡Siempre es bueno descansar! La Bichita miraba cómo se divertían sus amigas, pero de repente, sin saber de dónde, llegó un gorrión y cruzó veloz como una piedra lanzada por alguien.

— ¡Ay, ay, ay! —gritaron las bichitas y huyeron en desbandada.

Cuando pasó el gorrión, desaparecieron unas diez.

— ¡Qué bandido! —decían enfadadas las bichitas viejas—. Se comió una decena entera.

El gorrión era peor que el Abejorro. Nuestra Bichita sentía miedo y se escondió con otras más jóvenes en la hierba del pantano. Pero aquí ocurrió otro infortunio: un pescado se comió a dos bichitas, y a otras dos, una rana.

— Pero, ¿qué es esto? —se asombraba nuestra Bichita—. ¡Esto es demasiado!... Vivir así es imposible... ¡Hum! qué horribles...

Lo bueno era que había muchas bichitas y las pérdidas poco se notaban. Además, llegaron otras recién nacidas, que volaban y chillaban.

— Todo es nuestro... todo es nuestro... —exclamaban.

— No, no todo —dijo nuestra Bichita—. Hay abejorros gruñones, gusanitos serios, gorriones glotones, peces y ranas. ¡Tengan cuidado, hermanitas!

Entre tanto cayó la noche y las bichitas se escondieron entre los juncos, donde hacía calorcito. En el cielo refulgieron las estrellas y la luna, y se reflejaron en el agua.

— ¡Qué preciosidad!...

"Mi luna, mis estrellas", pensó nuestra Bichita, pero no se lo dijo a nadie porque de pronto, hasta esto se lo quitaban...

Así vivió la Bichita todo el verano. Pasó mucho tiempo

contenta. Pero también tuvo sus malos ratos. En dos ocasiones, por poco se la traga un vencejo; otra vez, se le acercó una rana. —¡Acaso tenía pocos enemigos la Bichita!— Vivió, sin embargo, una inmensa alegría: se encontró con un Bichito de graciosos bigotitos.

Un buen día le dijo:

— Qué buenecita eres... ¿quieres vivir conmigo?

Y qué bien vivieron los dos. Todo lo hacían unidos. Siempre se les veía juntos. Lo pasaron tan bien que no se dieron cuenta cómo voló el verano. Comenzaron las lluvias y con ellas las frías noches.

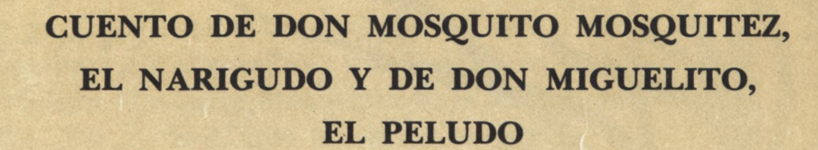
Nuestra Bichita puso huevecitos y los escondió en el tupido prado.

— ¡Ah, qué cansada me siento!...

Nadie se dio cuenta que la Bichita desapareció, pero no para siempre. Se había dormido mientras pasaba el invierno, para revivir en primavera.







CUENTO DE DON MOSQUITO MOSQUITEZ, EL NARIGUDO Y DE DON MIGUELITO, EL PELUDO



¡Eh, amigos, atrapadle!
¡Que se nos escapa el oso,
atrapadle!

1

Ocurrió lo que vamos a relatar al mediodía, cuando todos los mosquitos se refugiaban en el pantano guareciéndose del calor.

Instalóse el narigudo Mosquito Mosquítez bajo una ancha hoja y quedóse dormido. En sueños, oyó un grito terrible:

— ¡Qué espanto!... ¡Socorro!

Mosquito Mosquítez abandonó su escondrijo, gritando a su vez:

— ¿Qué pasa?... ¿Por qué chilláis?

Mas no había manera de enterarse, pues los mosquitos no hacían más que volar y volar, zumbando y chillando.

— ¡Qué espanto!... En nuestro pantano se ha metido un oso y se ha tumbado a dormir. No hizo más que echarse sobre la hierba y aplastó quinientos mosquitos y, en cuanto respiró, se tragó un centenar de ellos. ¡Qué terrible desgracia, amigos! Por poco nos hemos salvado, que de lo contrario, nos hubiera aplastado a todos...

Montó en cólera al punto don Mosquito Mosquítez, el Narigudo, enfureciéndose a un tiempo contra el oso y contra esos torpes de mosquitos que chillaban sin ton ni son.

— ¡Ea! ¡A ver si dejáis de chillar! —gritó—. Veréis cómo ahora mismo voy y echo al oso... ¡La mar de sencillo! Y vosotros no hacéis más que gritar en vano...

Su cólera subió de punto y Mosquito Mosquítez echó a volar. En el pantano se hallaba, en efecto, un oso tumbado. Habíase metido en lo más tupido de la hierba, donde los mosquitos vivían desde los tiempos más remotos y, echado allá a sus anchas, resoplaba, emitiendo un sonido semejante al de una trompeta. ¡Pero qué bestia más desvergonzada! ¡Mira que haberse metido en terreno ajeno, haber aplastado inútilmente tantos mosquitos y ahora se está durmiendo como si tal cosa!

— Oye, tú, ¿sabes dónde te has metido? —gritó Mosquito Mosquítez con tal vozarrón que a sí mismo se infundió miedo.

El peludo don Miguelito abrió un ojo y, no viendo a nadie,

abrió el otro y a duras penas llegó a distinguir un mosquito, que volaba sobre su nariz.

— ¿Qué deseas, amigo? —gruñó don Miguelito, encolerizándose a su vez: "¡Vaya, no hago más que disponerme a descansar y ya está este miserable chillando!"

— ¡Que te marches por las buenas, hombre!...

Don Miguelito abrió ambos ojos, miró al insolente, dio un resoplido y se enfureció aún más.

— ¿Se puede saber lo que quieres, miserable bestezuela? —rugió.

— Yo no me paro en chiquitas, de modo que ya te estás largando de nuestros dominios... Te voy a tragar con piel y todo.

La cosa le hizo gracia al oso. Se tumbó sobre el otro costado, tapóse el hocico con una pata y al momento comenzó a roncar.

2

Dirigióse don Mosquito Mosquítez al lugar en que se hallaban sus compañeros y se puso a gritar a voz en cuello:

— ¡Vaya susto que le he metido a don Miguelito, el Peludo!... Ese no vuelve.

Asombrados los mosquitos, le preguntaron:

— Bueno, y ahora ¿dónde está el oso?

— Pues no lo sé. Se asustó terriblemente cuando le dije que me lo comería, si no se marchaba. Ya sabéis que no me ando con chiquitas, y se lo dije bien claro: "Te comeré". A lo mejor se ha muerto de miedo, mientras yo volvía aquí... ¡El mismo tiene la culpa!

Comenzaron a chillar y a zumbar los mosquitos, y estuvieron largo rato discutiendo lo que iban a hacer con aquel oso tan grosero. Jamás habíase oído semejante barullo en aquellos lugares. Después de mucho zumbar, optaron por arrojar al oso del pantano.

— Que se vaya a su casa, al bosque, y que duerma allá. El pantano es nuestro... En él han vivido nuestros abuelos y nuestros padres.

Tan sólo la juiciosa anciana doña Mosquita les aconsejó que dejaran al oso en paz: que descansara, ya se marcharía cuando se hartase de dormir; arrojáronse todos con tal furia sobre ella, que apenas tuvo tiempo de esconderse.

— ¡Ea, vamos, amigos! —chillaba Mosquito Mosquítez más fuerte que ninguno—. Ya verá ese, ya verá...

Salieron los mosquitos en pos de Mosquito Mosquítez, armando tal revuelo, que ellos mismos se daban pavor. Llegan y ven que el oso sigue echado, sin hacer movimiento alguno.

— Ya lo decía yo: ¡el pobre se ha muerto de miedo! —alardeaba Mosquito Mosquítez—. Si hasta da lástima, un osazo así de grande y...

— ¡Pero si está dormido! —chilló un mosquito muy menudo que, habiendo llegado hasta la misma nariz del oso, por poco no perece absorbido por la fiera.

— ¡Desvergonzado, más que desvergonzado! —chillaron a una los mosquitos, armando terrible barullo—. Acaba de aplastar a quinientos mosquitos, se ha tragado cien y ahí está durmiendo como si tal cosa...

Mientras tanto, dando fuertes resoplidos, don Miguelito, el Peludo, sigue durmiendo como un bendito.

— ¡Se hace el dormido! —chilló don Mosquito Mosquítez abalanzándose sobre el oso—. Ahora mismo va a ver lo que es bueno... ¡Eh, tú, basta de simulaciones!

Lanzarse sobre el oso, hincándole su aguda trompa en la negra nariz, y levantarse de un brinco don Miguelito, fue todo uno. Dióse el oso un fuerte manotazo en la nariz, pero el mosquito ya se había escabullido.

— ¿Qué? ¿Te ha sabido mal, eh? —chillaba don Mosquito Mosquítez—. Lárgate, que si no, vas a pasarlo mal... ¡Ya no soy yo solo, Mosquito Mosquítez, el Narigudo, que aquí están mi abuelo Mosquitón, el Narigón y mi hermano pequeño Mosquitín, el Narigudín! Ea, ¡márchate!

— ¡Pues no me voy! —gritó el oso, sentándose sobre sus patas traseras—. ¡Os voy a aplastar a todos!

— Haces mal en presumir...

Lanzóse de nuevo don Mosquito Mosquítez y le picó al oso en un ojo. Rugió don Miguel de dolor, dióse un manotazo en los hocicos, mas no logró atrapar a nadie. Tan sólo estuvo en un tris de saltarse el ojo con una uña. Mientras tanto, Mosquito Mosquítez no hacía más que dar vueltas sobre la oreja del oso, chillándole:

— Te voy a comer, ¿sabes?

3

La cólera de don Miguel llegó a su límite. Arrancó de cuajo un abedul entero y se puso a golpear con él a los mosquitos. ¡La de mandobles que repartió! Así se estuvo dando golpes hasta que se cansó; mas no había logrado matar a ningún mosquito. Todos volaban zumbando en torno suyo. Entonces, agarra don Miguelito una pesada piedra y la lanza contra los mosquitos; mas también en vano.

— ¿Qué, no te ha salido la cosa? —chillaba Mosquito Mosquítez—. Pues yo voy a comerte...

No se sabe a ciencia cierta cuánto duró el combate de don Miguelito con los mosquitos, pero el alboroto fue terrible. A cien leguas a la redonda llegaba el rugido del oso. ¡Y qué de árboles arrancó y cuántas piedras desenterró!... Quería aplastar ante todo a Mosquito Mosquítez, que no hacía más que revolotear encima de su oreja y, en cuanto daba el oso un manotazo, nada. Sólo había conseguido arañarse el hocico hasta hacerse sangre.

Sintió don Miguelito, por fin, que se le agotaban las fuerzas. Sentóse sobre sus patas traseras, dando un resoplido. Ocurrióse-le, entonces, una nueva artimaña: la de revolcarse en la hierba para aplastar a toda aquella legión mosquiteril. Revolcóse una y otra vez, pero sólo consiguió cansarse más. El oso ocultó entonces el hocico en el musgo, pero la cosa resultó aún peor, los mosquitos la tomaron con el rabo del oso. Don Miguelito se puso hecho una fiera.

— Ahora sí que vais a cobrar —rugió con tal fuerza, que se oyó a cinco leguas a la redonda—. Vais a ver lo que es bueno...

Retiráronse los mosquitos en espera de lo que iba a suceder. Mientras tanto, don Miguelito se encaramó a un árbol con la ligereza de un acróbata, se acomodó en la rama más gruesa y empezó a rugir:

— A ver quien se atreve ahora conmigo... ¡Ay de vuestras narices!

Echáronse a reír los mosquitos y todos a una se arrojaron sobre el oso, zumbando, chillando, metiéndose en todas partes...

Intentó don Miguel rechazarlos una y otra vez, tragóse sin querer un buen centenar de combatientes del ejército mosquiteril, se puso a toser y cayó pesadamente al suelo... Se levantó, sin embargo, se rascó el costado dolorido y dijo:

— ¿Eh, qué tal? ¿Habéis visto con qué ligereza salto del árbol?

Resonó la aguda risita de los mosquitos y Mosquito Mosquítez siguió zumbando:

— Te voy a comer... Te voy a comer... a comer... a comer...

Estaba el oso completamente rendido, pero le daba vergüenza abandonar el pantano. Permanecía sentado sobre sus patas traseras y no hacía más que parpadear.

Le sacó del apuro una rana que, saliendo de debajo de un terrón, se sentó y le dijo:

— Vaya ganas que tiene Vd., don Miguelito, de molestarse por nada... No haga Vd. caso de esos miserables mosquitos. No vale la pena.

— ¡Y tanto! —asintió el oso, muy contento al oír sus palabras—. Yo lo hacía así, por nada... Que se atrevan a meterse en mi guarida, ya les...

Y don Miguelito puso pies en polvorosa, abandonando el pantano, mientras Mosquito Mosquítez, el Narigudo, le seguía, gritando:

— ¡Eh, muchachos, atrapadle! ¡Que se nos escapa el oso, atrapadle!...

Se reunieron todos los mosquitos y una vez celebrado el consejo, resolvieron: ¡No vale la pena! ¡Que se marche, de todas formas el pantano sigue siendo nuestro!



DIA DEL CUMPLEAÑOS DE VAÑKA





¡A divertirse, amigos!

1

Toque, tambor, ¡tantarán, tantarantán! Suenen, trompetas: ¡tururú! ¡tururutú!... ¡Traigan aquí toda la música—hoy es el día del cumpleaños de Vañka!... Bienvenidos, queridos invitados... ¡A reunirse todos aquí! Tantarán! ¡Trururú!

Vañka vistiendo camisa roja, camina de un lado a otro y dice:

— Bienvenidos, amigos... Pueden comer cuanto quieran. Una sopa de astillas frescas, croquetas de la mejor y más limpia arena, panecillos de papel de colores y, vaya, ¡qué té! De la mejor agua hervida. Bienvenidos... ¡Que suene la música!...

¡Tan tarán! ¡Tan tarantán! ¡Trutú! ¡Tururú!

La habitación se llenó de invitados. El primero en llegar fue el barrigón trompo de madera.

— Dzhi... dzhi... ¿dónde está el homenajeado? Dzhi... dzhi... Me gusta mucho divertirme en buena compañía...

Llegaron dos muñecas. Ana, de ojos celestes y con la naricita algo estropeada, y Katia, de ojos negros y le faltaba un brazo. Llegaron solemnes y tomaron asiento en el sofá de juguete.

— Veremos qué nos ofrece Vañka —dijo Ana—, ya que se jacta tanto. La música no está mal, pero tengo mis dudas con respecto a la comida.

— Tú, Ana, como siempre, estás inconforme con algo —le reprochó Katia.

— ¡Y tú, siempre dispuesta a discutir!

Las muñecas discutieron, y ya estaban a punto de enfadarse cuando llegó renqueando con su única pierna el Payaso desgastado y las concilió de inmediato.

— Todo será magnífico, señoritas. Lo pasaremos muy bien. Claro que me falta una pierna, pero miren las vueltas que da el Trompo con la única que tiene. Salud, Trompo...

— Dzhi... ¡Salud! ¿Por qué tienes un ojo estropeado?

— Tonterías... Es que me caí del sofá. Suelo pasarlas peor aún. ¡Ay, qué mal lo suelo pasar!... A veces, a la carrera me estrello contra la pared y me doy en la cabeza...

— ¡Bueno, menos mal que la tienes vacía!...

— De todas maneras, duele... Pruébalo y verás.

El Payaso, que siempre ha sido poco serio, hizo sonar apenas sus platillos metálicos.

Llegó Petrushka trayendo consigo a muchos invitados: a su esposa Matriona Ivánovna, al doctor alemán Karl Ivánovich, y al Gitano de nariz grande. El Gitano a su vez trajo su caballo de tres patas.

— ¡Bueno, Vañka, recibe a los invitados! —dijo alegre Petrushka, dándose un papirotazo en la nariz—. A cual mejor. A mi Matriona Ivánovna, por ejemplo... le encanta tomar té.

— Habrá té, Petrushka —respondió Vañka—. Siempre recibimos encantados a las buenas visitas... ¡Siéntese, Matriona Ivánovna! Tenga la bondad, Karl Ivánovich...

Además, llegaron el Oso con el Conejito, el Cabrito gris de la abuelita con la Patica copetuda y el Gallito con el Lobo, en casa de Vañka había sitio para todos.

Los últimos en llegar, fueron el Zapatico y la Escobita de Aliónushka. Al ver todos los sitios ocupados, la Escobita dijo:

— No importa, yo me quedaré en el rinconcito...

El Zapatico no dijo nada y se metió callado debajo del sofá. Era un Zapatico muy respetuoso, aunque gastado. Lo cohibía un poco el agujero que tenía en la punta. Pero debajo del sofá nadie lo notaría.

— ¡Música! —ordenó Vañka.

Retumbó el tambor: ¡tantarán, tantarantán! Sonaron las trompetas: ¡tururú! Al instante, todos los invitados se pusieron alegres, muy alegres...

2

La fiesta comenzó en forma extraordinaria. Sonaban por sí solos el tambor y las trompetas, zumbaba el Trompo, el Payaso golpeaba sus platillos y Petrushka chillaba frenético. ¡Oh, cuánta alegría!...

— ¡A divertirse, amigos! —exclamaba Vañka, alisando su cabellera de lino.

Ana y Katia se reían con sus vocecitas finas, el torpe Oso bailaba con la Escobita, el Cabrito gris bailaba con la Patica copetuda, el Payaso daba volteretas demostrando su arte, mientras el doctor Karl Ivánovich le preguntaba a Matriona Ivánovna:

— Matriona Ivánovna, ¿no le duele a usted la barriguita?

— ¡Qué va, Karl Ivánovich! ¿Cómo se le ocurre?...

— A ver, muéstreme la lengua.

— Por favor, déjeme en paz...

— Por fin he llegado... —se oyó la fina voz de la Cucharita de plata con la cual Aliónushka comía su papilla.

Hasta entonces ella se hallaba tranquila en la mesa, pero cuando el doctor mencionó la lengua, no se aguantó y dio un brinco. Con su ayuda, el doctor siempre examinaba la lengua de Aliónushka...

— ¡Oh, no... no hace falta! —chilló Matriona Ivánovna agitando sus manos de manera tan ridícula, que parecía un molino de viento.

— Está bien, yo no impongo mis servicios —dijo ofendida la Cucharita.

Estaba dispuesta a enfadarse, pero en ese momento se le acercó el Trompo y se pusieron a bailar. El Trompo zumbaba, la Cucharita sonaba... El Zapatico de Aliónushka no pudo aguantarse y salió de debajo del sofá:

— Yo te quiero mucho, Escobita...

La Escobita cerró los ojos con dulzura y tan sólo suspiró. Le agradaba que la quisieran.

Es que siempre fue una Escobita muy humilde y jamás presumía, como solían hacerlo otras, por ejemplo, Matriona Ivánovna o Ana y Katia. A estas gentiles muñecas les gustaba mofarse de los defectos ajenos: al Payaso le faltaba una pierna, Petrushka tenía la nariz larga, Karl Ivánovich era calvo, el Gitano parecía un leño quemado. Pero a quien más fastidiaban era a Vañka, el anfitrión.

— Es algo ordinario —dijo Katia.

— Además, jactancioso —agregó Ana.

Después de bailar, todos se sentaron a la mesa, y fue entonces cuando comenzó el verdadero festín. El almuerzo transcurrió como en un auténtico día de cumpleaños, aunque no sin pequeños malentendidos. Por error, el Oso casi se come al Conejito en vez de una croqueta; el Trompo estuvo a punto de pelearse con el Gitano por la Cucharita, éste la quería robar y ya se la había metido en el bolsillo. Petrushka, conocido camorrista, llegó a reñir con su mujer y lo hizo por tonterías.

— Tranquilícese Matriona Ivánovna —la persuadía Karl Ivánovich—, Petrushka es bueno... ¿Quizás a usted le duele la cabecita? Yo tengo unos polvitos muy buenos...

— Déjela usted, doctor —decía Petrushka—. Es una mujer insoportable... A propósito, yo la quiero mucho. Matriona Ivánovna, permítame darle un beso...

— ¡Bravo! —gritaba Vañka—. Eso es mucho mejor que reñir. No tolero que la gente se pelee. Miren...

Y de pronto sucedió algo imprevisto y tan terrible, que hasta da miedo contarlo.

¡Tantarán, tantarantán!

Repicaba el tambor. Sonaban las trompetas: ¡tururú, tururú!, tintineaban los platillos del Payaso, se reía la Cucharita con su vocecita de plata, zumbaba el Trompo y el Conejito gritaba alegre: ¡bo-bo-bo!... el Perrito de porcelana daba fuertes ladridos, maullaba mimosa la Gatita de goma y el Oso zapateaba de tal manera que hasta temblaba el piso. El más alegre era el Cabrito gris. Primero, bailaba mejor que los demás y luego sacudía su barba de manera tan risueña y berreaba con su voz chillona: ¡bee-bee!...

3

¿Cómo ha podido suceder? Es difícil contarlo en orden. Entre los protagonistas, sólo el Zapatico de Aliónushka recordaba muy bien lo ocurrido. Fue sensato y supo esconderse a tiempo debajo

del sofá. Sí, veamos lo que sucedió:

Al principio, llegaron los cubitos de madera a felicitar a Vañka... No, no fue así. Fue de otra manera. En efecto, los cubitos llegaron, pero Katia, la de los ojos negros, tuvo la culpa de todo. Sí, fue ella, es verdad... Esta pícara al comienzo del almuerzo le susurró a Ana:

— ¿Quién crees, Ana, que sea el más guapo de todos los presentes?

Pareciera una pregunta inocente, pero Matriona Ivánovna se ofendió mucho y se enfrentó a Katia:

— ¿Acaso usted considera que mi Petrushka es un monstruo?

— Nadie ha pensado eso, Matriona Ivánovna —intentó justificarse Katia. Pero ya era tarde.

— Claro que tiene la nariz un poco grande —continuaba Matriona Ivánovna. Pero eso se le nota sólo de perfil... Además, tiene la mala costumbre de gritar horriblemente y de pelearse con todos, sin embargo, es un hombre bueno. Y en cuanto a su inteligencia...

Las muñecas empezaron a discutir con mucho ardor, atrayendo la atención general. Primero intervino Petrushka y chilló:

— Es verdad, Matriona Ivánovna... ¡Aquí el más guapo de todos soy yo!

Y entonces se ofendieron todos los hombres. ¡Perdón, pero este Petrushka es un vanidoso! ¡Fastidia oírlo! El Payaso no era muy hablador y se ofendió en silencio, en cambio, el doctor Karl Ivánovich dijo en voz muy alta:

— ¿Quiere decir que los demás somos monstruos? Mis congratulaciones, señores...

Entonces estalló el griterío. El Gitano exclamaba algo en su lengua, el Oso gruñía, el Lobo aullaba, berreaba el Cabrito gris, zumbaba el Trompo, en una palabra, todos se sintieron muy ultrajados.

— ¡Basta, señores! —trataba de persuadirlos Vañka—. No le presten atención a Petrushka... Ha sido una simple broma suya.

Pero todo fue inútil. El más irritado era precisamente Karl

Ivánovich, quien, incluso, daba puñetazos contra la mesa y gritaba:

— ¡Muy bueno el convite, señores, no se puede decir más!... Nos han invitado sólo para decirnos que somos unos monstruos...

— ¡Estimados señores y señoras! —trataba de ser oído Vañka—. Señores, si viene al caso, el único monstruo aquí soy yo. ¿Están satisfechos, ahora?

Además... Permítanme preguntar, ¿cómo sucedió esto? Sí, sí, efectivamente la cosa fue así. Karl Ivánovich se acaloró hasta el límite y se fue acercando a Petrushka. Le apuntó con el dedo diciendo:

— De no ser yo un hombre instruido, de no saber comportarme en una sociedad respetable, yo le diría a usted Petrushka, que además, es usted muy tonto...

Conociendo el carácter conflictivo de Petrushka, Vañka intentó interponerse entre él y el doctor, pero en ese intento dio con su codo en la larga nariz de Petrushka. Este pensó que no era Vañka quien lo golpeaba, sino el doctor...

¡La que se armó!... Petrushka se aferró al doctor; el Gitano, que estaba sentado a un lado, empezó a pegarle al Payaso sin motivo alguno; el Oso, gruñendo se abalanzó sobre el Lobo y el Trompo golpeaba con su cabeza vacía al Cabrito, en una palabra, un verdadero escándalo. Las muñecas chillaban con sus voces finas y del susto, las dos se desmayaron.

— ¡Ay, me siento mal!... —gritaba Matriona Ivánovna cayéndose del sofá.

— ¿Qué es esto, señores? —se desgañitaba Vañka—. Señores, hoy es el día de mi cumpleaños... Esto es una falta de respeto...

Se armó una verdadera gresca, de modo que ya era difícil entender quién le pegaba a quién. En vano Vañka intentaba separar a los que se peleaban y terminó golpeando a todos los que caían en sus manos, y como era el más fuerte de todos, los invitados la pasaron mal.

— ¡Socorro! ¡Ay, socorro! —gritaba más que nadie Petrushka tratando de golpear más al doctor...

— Han herido de muerte a Petrushka... ¡Socorro!...

El único que se evadió de la pelea fue el Zapatico, que se había escondido a tiempo debajo del sofá. Del susto, hasta cerró los ojos, mientras el Conejito, que también buscaba su salvación en la huida, se escondió detrás del él.

— ¿Tú, dónde te metes? —gruñó el Zapatico.

— Cállate, pueden oírte y entonces nos golpearán a los dos —le imploraba el Conejito, mirando con su ojo bizco a través del agujero de la punta del Zapatico—. ¡Ay, qué bandido es este Petrushka! Los golpea a todos y grita desesperado. ¡Qué invitado!...Apenas pude escaparme del Lobo, ¡ay! hasta pensarlo me da miedo... En cuanto a la Patica, ya está con las patitas para arriba. A la pobrecita la borraron del mundo...

— Ay, qué tonto eres, Conejito, todas las muñequitas están inconscientes y la Patica también.

Pelearon y pelearon durante largo tiempo, hasta que Vañka echó a todos los invitados, excepto a las muñecas. Matriona Ivánovna harta de su desmayo, abrió un ojo y preguntó:

— ¿Dónde estoy, señores? Doctor, fíjese si aún estoy viva.

Nadie le respondía y Matriona Ivánovna abrió el otro ojo. La habitación estaba vacía y Vañka, en el medio, miraba asombrado a su alrededor. Se recobraron Ana y Katia y también quedaron sorprendidas.

— Aquí ha ocurrido algo terrible —dijo Katia—. ¡Vaya con el homenajeado, no se puede decir nada!

Las muñecas, de inmediato, interrogaron a Vañka, quien no sabía en absoluto qué responder. El también golpeó a alguien y a él lo golpearon sin saber por qué.

— No tengo la menor idea de cómo ocurrió todo esto —decía abriendo los brazos—. Por encima de todo, lo lamentable es que yo los quiero a todos... sí, a todos sin excepción.

— Nosotros sabemos cómo ocurrió todo —dejaron oír sus voces desde debajo del sofá el Zapatico y el Conejito—. Nosotros lo hemos visto todo...

— ¡Ustedes son los culpables! —se abalanzó hacia ellos Matriona Ivánovna—. Claro, que ustedes... Armaron la gresca y

se escondieron.

— ¡Fueron ellos! ¡Ellos!... —gritaron al unísono Ana y Katia.

— ¡Ah, he aquí a los culpables! —se alegró Vañka—. ¡Fuera de aquí, bandidos!... Ustedes van de visitas tan sólo para hacer reñir a la gente buena.

El Zapatico y el Conejito apenas pudieron saltar por la ventana.

— Yo... —les amenazaba con el puño Matriona Ivánovna—. ¡Ay, qué mala gente suele haber en el mundo! La Patica puede confirmarlo.

— Sí, sí... —reafirmó la Patica—. Yo he visto con mis propios ojos cómo se escondieron debajo del sofá.

La Patica siempre estaba de acuerdo con todos.

— Hay que hacer volver a los invitados... —propuso Katia—. Aún nos vamos a divertir...

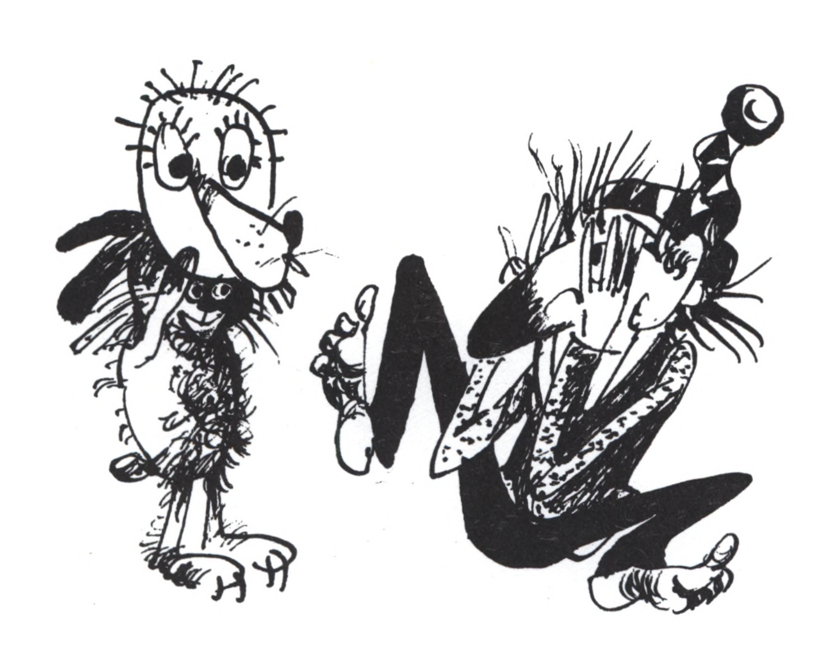
Las visitas retornaron con gusto. Unos tenían un ojo hinchado, otros renqueaban, en cuanto a la larga nariz de Petrushka, fue la que más sufrió.

— ¡Ay, qué bandidos! —repetían todos a la vez, amonestando al Conejito y al Zapatico—. ¿Quién lo iba a pensar?...

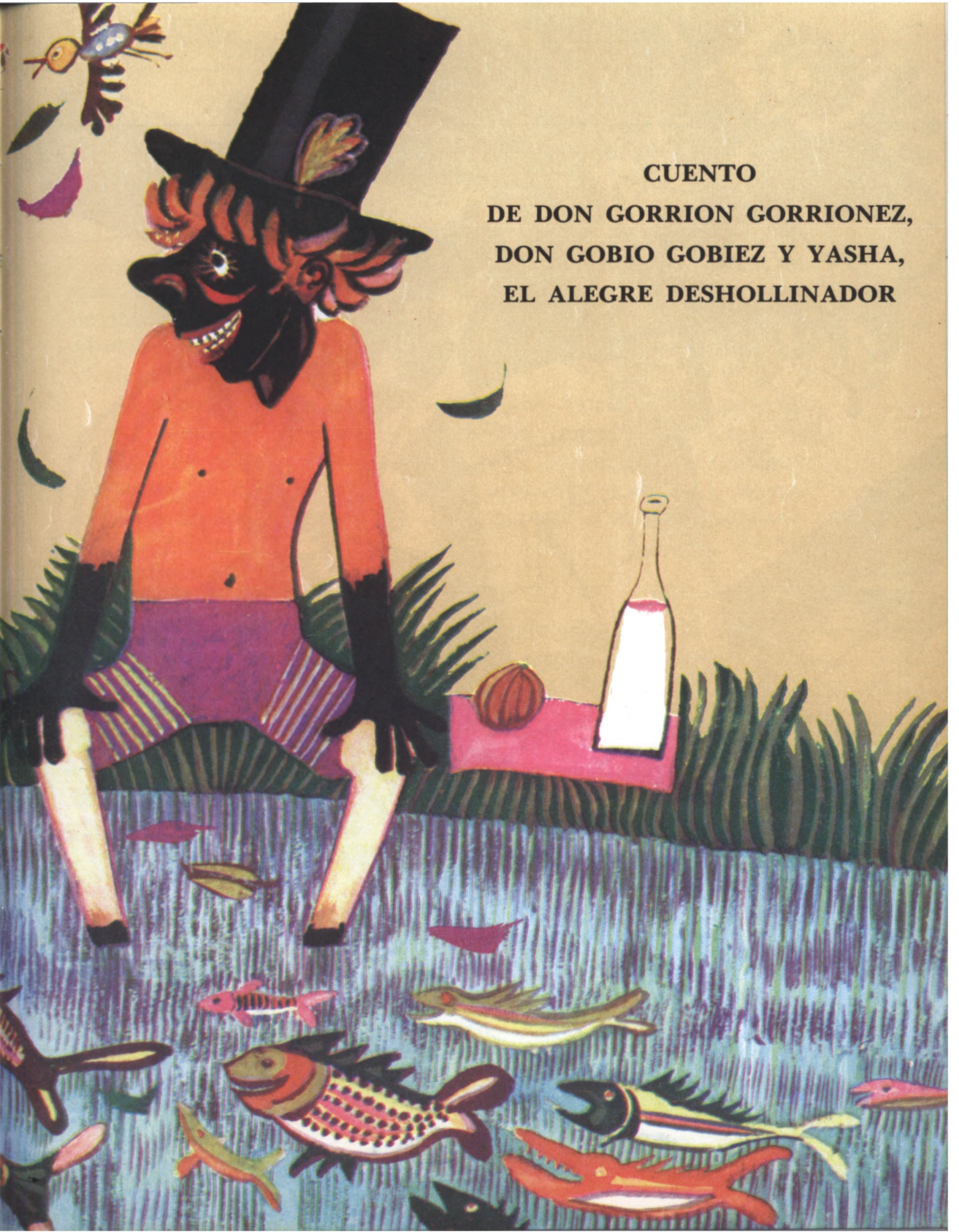
— ¡Ay, qué cansado estoy! Tengo los brazos molidos —se lamentaba Vañka—. Olvidemos lo pasado... Yo no soy rencoroso. ¡Música!...

Retumbó de nuevo el tambor: ¡tantarán, tantarantán! Sonaron las trompetas: ¡tururú, tuturutú! Petrushka gritaba entusiasmado:

— ¡Bravo, Vañka!...







CUENTO DE DON GORRION GORRIONEZ, DON GOBIO GOBIEZ Y YASHA, EL ALEGRE DESHOLLINADOR



¡Tenía aquello la mar de gracia!

1

Don Gorrión Gorriónez y don Gobio Góbiez eran muy amigos. En verano don Gorrión acudía diariamente a la orilla del río y gritaba:

— ¡Buenos días, amigo! ¿Qué tal? ¿Cómo va esa vida?

— Bien, hombre, bien —contestaba don Gobio—. Ven a mi casa. Se está muy bien en lo más hondo del río... El agua apenas se mueve y hay todas las hierbas acuáticas que quieras... Te obsequiaré con huevos de rana, gusanillos y bichitos que hay en el río...

— Gracias, amigo. Iría a visitarte con sumo placer, pero le tengo miedo al agua. Mejor será que vengas tú a verme al tejado. Te ofreceré bayas, amigo mío, tengo un huerto muy hermoso. Ya conseguiremos luego una corteza de pan, avena, azúcar y algún mosquito vivo. A ti te gusta el azúcar, ¿verdad?

— ¿Y cómo es?

— Pues es blanco...

— ¿Como las chinas del río?

— Sí, algo parecido. Y cuando te lo metes en la boca, es dulce. Tus chinas, no hay manera de comérselas. Anda, vamos volando a mi tejado.

— No, yo no sé volar y, además, me asfixio en el aire. Será mejor que nademos juntos en el agua. Te lo voy a enseñar todo.

Don Gorrión probaba a meterse en el agua, pero en cuanto le llegaba hasta las rodillas, sentía miedo. ¿Y si se ahogaba? Solía don Gorrión beber hasta saciarse del agua cristalina del río y en los días calurosos, se bañaba en algún lugar poco profundo, se aseaba las plumas y volvía a su tejado. Vivían ambos como buenos amigos y gustaban de hablar sobre diferentes asuntos.

— ¿Cómo no te cansa andar siempre metido en el agua? —preguntaba con frecuencia don Gorrión lleno de asombro—. En el agua se está muy mojado y puede uno resfriarse...

Admirábase a su vez don Gobio:

— ¿Cómo no estás harto de volar, amigo? Con el calor que suele hacer al sol, algún día te asfixiarás. Y yo, aquí, siempre

tengo fresco. Puedes nadar cuanto se te antoje. Por algo vienen todos a bañarse al río en verano... ¿Y quién es el que va a encaramarse a tu tejado?

— Pues los hay que suben y no pocos, ¡amiguito! Tengo un amigo muy bueno, el deshollinador Yasha. Siempre viene a visitarme. ¡Y es un muchacho más alegre! No hace más que cantar. Mientras limpia las chimeneas, se está canta que te canta. A veces, se sienta a descansar en lo más alto del tejado, saca un pedazo de pan, se pone a comer y yo recojo las migas. Somos uña y carne. A mí también me gusta pasar bien el tiempo, ¿sabes?

Solían sufrir los amigos casi iguales contratiempos. Así, por ejemplo, ¡qué frío pasaba el pobre don Gorrión en invierno! ¡Pero qué días tan fríos hacía! ¡A veces, temía que el alma se le iba a helar enterita! Ahuecaba don Gorrión sus plumas, encogía las patas y así se estaba sentado. La única salvación posible era meterse en la chimenea a calentarse un poco. Pero aquello también tenía sus peligros.

Una vez, estuvo don Gorrión a punto de perecer por culpa de su mejor amigo, el deshollinador. Llegó Yasha, metió por la chimenea su pesa de hierro y su escobón, y poco le faltó para romperle la cabeza a don Gorrión, el cual escapó de la chimenea todo cubierto de hollín y más sucio que un deshollinador. Y empezó al punto a reñir a Yasha:

— ¿Pero qué estás haciendo, hombre? Podías haberme matado del todo...

— ¿Y cómo iba yo a saber que estabas ahí metido en la chimenea? Ten más cuidado en adelante... ¿Te gustaría que te dieran en la cabeza con la pesa de hierro?

Tampoco lo pasaba muy bien don Gobio en invierno. Se metía en lo más hondo de algún remanso y se estaba dormitando los días enteros. Estaba oscuro en derredor, hacía frío y no tenía uno ganas de moverse. De tarde en tarde, se asomaba a un agujero hecho en el hielo, cuando le llamaba don Gorrión, que acudía al río para beber, y solía gritar:

— Eh, tú, don Gobio, ¿estás vivo?

— Vivo —contestaba él con voz soñolienta—. ¡Pero tengo un sueño! ¡Qué mal lo estamos pasando! Aquí, en el río, todos están durmiendo.

— No creas, amigo, que nosotros lo pasamos mejor. ¡Qué remedio queda! ¡Hay que aguantar!... A veces sopla un viento tan cortante, que no hay manera de pegar un ojo... No hago más que saltar sobre una pata para entrar en calor. Y la gente que me ve, dice: "¡Mirad qué gorrioncito más alegre!". ¿Cuándo llegará, por fin, el buen tiempo? Pero, hombre, ¿ya estás durmiendo otra vez?

El verano también tenía sus inconvenientes. En una ocasión un gavilán fue dos leguas largas persiguiendo a don Gorrión y éste apenas si tuvo tiempo de buscar refugio entre las altas hierbas que bordeaban el río.

— ¡Ni sé cómo he salvado el pellejo! —decía, quejoso, don Gorrión, recobrando el aliento con dificultad—. ¡Si será bandido!... Ha estado en un tris de ponerme la garra encima. ¡Entonces sí que no lo cuento!

— Lo mismo que nuestro lucio —decía don Gobio, para consolarle—. Hace poco, también estuvo a punto de tragarme con su enorme bocaza. Se lanzó en mi persecución, rápido como un rayo. Y yo, que había subido a la superficie en compañía de otros pececitos, y me parecía que lo que flotaba era un madero, y el madero que de pronto se lanza en mi persecución... ¿Para qué habrá lucios de ésos, digo yo? Es cosa que me extraña y no llego a comprender...

— Yo tampoco... Sabes, me parece que el gavilán fue lucio en otro tiempo, y el lucio, gavilán. En una palabra, unos bandidos.

2

Así es como iban viviendo don Gorrión y don Gobio, pasando mucho frío en invierno y experimentando grandes alegrías en verano; mientras tanto, Yasha, el alegre deshollinador, limpiaba

chimeneas y entonaba canciones. Cada uno tiene sus quehaceres, sus alegrías y pesares.

Una vez, en verano, el deshollinador, terminada su tarea, encaminóse al río para lavarse el hollín. Iba silba que te silba, cuando de repente oye un terrible jaleo. ¿Qué había ocurrido? Un sinnúmero de aves revoloteaban sobre el río: patos, gansos, golondrinas, becadas, cuervos y palomas. Todas alborotan, gritan y ríen a carcajadas; imposible enterarse de lo que sucede.

— ¡Eh!, ¿qué pasa? —gritó el deshollinador.

— Ahí está la cosa, que ha ocurrido... —pió un paro muy vivaracho—. ¡Qué risa!... ¡pero qué risa!... Mira lo que está haciendo nuestro don Gorrión... Se ha vuelto loco de remate.

Soltó el paro una risita, sacudió la cola y se elevó sobre el río.

Cuando el deshollinador se aproximó al río, don Gorrión se arrojó sobre él. Estaba que infundía miedo: con el pico entreabierto, los ojos echando chispas y con todas las plumas erizadas.

— Oye, tú, don Gorrión, ¿por qué armas tanto barullo? —preguntóle el deshollinador.

— Ese va a ver lo que es bueno... —gritaba don Gorrión con la voz entrecortada por la cólera—. Todavía no sabe quién soy yo. Ya verá, ese maldito de don Gobio... Ya se acordará de mí, el muy bandido...

— ¡No le hagas caso! —le gritó don Gobio desde el agua al deshollinador—. Todo son mentiras.

— ¿Que yo miento? —chillaba don Gorrión—. Entonces, ¿quién fue el que encontró el gusano? ¡Con que estoy mintiendo! ¡Un gusano tan gordo! Lo saqué escarbando en la orilla... Con el trabajo que me costó... Pues lo cojo y me lo llevo a casa, a mi nido. Tengo familia y debo llevarles comida, ¿no es eso?... Acababa de remontarme sobre el río con el gusano en el pico, cuando el maldito don Gobio, ¡así se lo trague el lucio!, gritó: "¡El gavilán!" De miedo, di un grito, el gusano cayó al agua y don Gobio se lo tragó. ¿De modo que estoy mintiendo, eh? Y no había tal gavilán...

— Bien está, ha sido una broma —dijo don Gobio, procuran-

do justificarse—. En cuanto al gusano, estaba muy sabroso, en efecto.

Reunióse en torno a don Gobio una multitud de peces: gobios, carasinos, percas y gran cantidad de morralla, que le escuchaban riendo. ¡Menuda broma le había gastado don Gobio a su viejo amigo! Y aún tenía más gracia ver cómo don Gorrión se había enzarzado con él. Lanzábase don Gorrión sobre don Gobio, volvía a arremeter contra él y no conseguía nada.

— ¡Así te atragantes con mi gusano! —maldecía don Gorrión—. Ya encontraré otro... Lo que me duele es que don Gobio me haya engañado y, encima, se está riendo de mí. ¡Y yo que le invitaba a venir a mi casa, al tejado! ¡Valiente amigo, ni qué decir tiene! Ya veréis como Yasha, el deshollinador, me da la razón... También somos muy amigos y a veces tomamos un bocadillo juntos: él come y yo recojo las migas.

— Aguardad, amigos, hay que ventilar ese pleito —declaró el deshollinador—. Dejadme primero que me lave... Examinaré el asunto a conciencia. Y tú, don Gorrión, a ver si te sosiegas un poco...

— ¡Soy yo quien tiene razón, de modo que no tengo por qué preocuparme! —chillaba don Gorrión—. Pero... ¡ya le enseñaré a don Gobio si se puede bromear conmigo!...

El deshollinador se sentó a la orilla del río, colocó junto a sí, sobre una piedrecita, el hatillo con su comida, se lavó la cara y las manos y profirió las siguientes palabras:

— Ahora, amigos, vamos a hacer justicia... Tú, don Gobio, eres un pez, y tú, don Gorrión, eres un pájaro, ¿no es cierto?

— ¡Cierto, cierto!... —gritaron todos, aves y peces.

— Sigamos. El pez debe vivir en el agua y el ave, en el aire. ¿No es verdad? Así, pues... Y el gusano, por ejemplo, vive en la tierra. Bueno. Ahora, mirad...

El deshollinador deshizo su hatillo, colocando sobre una piedra un pedazo de pan de centeno, que constituía toda su comida, y dijo:

— Mirad ¿qué es esto? Es pan. Me lo he ganado y me lo voy a comer; me lo comeré y luego beberé un traguito de agua. ¿No

es así? O sea, que almorzaré y no le haré daño a nadie. Los peces y las aves también quieren almorzar... Cada uno tiene, pues, su comida. ¿Para qué habéis de reñir? Don Gorrión ha encontrado un gusano, es decir, que se lo ha ganado y, por lo tanto, el gusano es suyo...

— Un momento, buen hombre... —dijo una tenue vocecilla, que partía del tropel de pájaros.

Las aves abrieron paso, dejando adelantarse a una becada, que se acercó al deshollinador sobre sus delgadas patitas.

— Buen hombre, eso no es verdad.

— ¿Qué no es verdad?

— Pero si soy yo quien ha encontrado el gusano. Puede Vd. preguntárselo a los patos, que lo han visto. Lo he encontrado yo y don Gorrión se arrojó sobre mí y me lo robó.

El deshollinador se desconcertó. La cosa tomaba un cariz muy diferente.

— ¿Pero cómo es posible?... —farfullaba, tratando de hacerse una composición del lugar—. Vaya, don Gorrión, ¿conque es verdad que nos estás engañando?

— No soy yo, sino la becada, quien miente. Se ha confabulado con los patos...

— No me acabas de convencer, amigo... ¡hum!... ¡Bueno está! Claro que lo del gusano no tiene la menor importancia; pero eso de robar está muy mal hecho. Y el que roba, ese miente... ¿No es cierto? Y...

— Cierto, cierto —gritaron todos a coro, otra vez—. De todas formas, tú haz justicia y decide quién de los dos tiene razón. Ambos han chillado, han reñido y nos han alborotado a todos.

— ¿Que quién tiene razón? Sois un par de tunantes, don Gobio y don Gorrión, ¡vaya si sois unos tunantes! Y para que sirva de escarmiento, os voy a castigar a los dos... Ahora mismo vais a hacer las paces, venga, ¡ahora mismito!

— ¡Justo! —gritaron todos a una—. Que hagan las paces...

— Y a la becada, que ha estado trabajando para desenterrar el gusano, le daré las migas —declaró el deshollinador—. Así, quedarán todos satisfechos...

— ¡Muy bien! —volvieron a gritar todos.

Yasha, que se disponía a comer el pan, se dio cuenta de que había desaparecido. Mientras Yasha discurría, don Gorrión se apresuró a hurtárselo.

— ¡Ladrón, más que ladrón! ¡Pillo! —exclamaron, indignadas, las aves y los peces.

Lanzáronse todos tras el ladrón. Como el pedazo de pan era pesado, don Gorrión no pudo llevárselo muy lejos. Le dieron alcance precisamente cuando volaba sobre el río. Lanzáronse sobre el ladrón todas las aves, grandes y pequeñas. Armóse una verdadera trifulca. Todos venga a tirar del cantero de pan y no hacían sino desmigajarlo, hasta que por fin, el pan fue a caer al río. Hicieron presa en él los peces. Enzarzáronse entonces las aves y los peces. Hicieron migas el pedazo de pan y se las comieron todas. Del cantero no quedó ni rastro. Cuando hubo desaparecido el trozo de pan, se recobraron todos, avergonzándose de su conducta. Habían salido en persecución de don Gorrión el ladrón, y de camino se habían comido el pan robado.

Mientras tanto, sentado a la orilla del río, el alegre deshollinador contemplaba, riendo, la escena. ¡Tenía aquello la mar de gracia! Todos le habían abandonado, excepto la becada, que se encontraba a su lado:

— ¿Por qué no te vas tú también? —preguntó el deshollinador.

— Yo me habría ido también, pero soy muy pequeña, buen hombre. Las aves grandes me matarían a picotazos...

— Haces bien, querida becada. Nos hemos quedado los dos sin almuerzo.

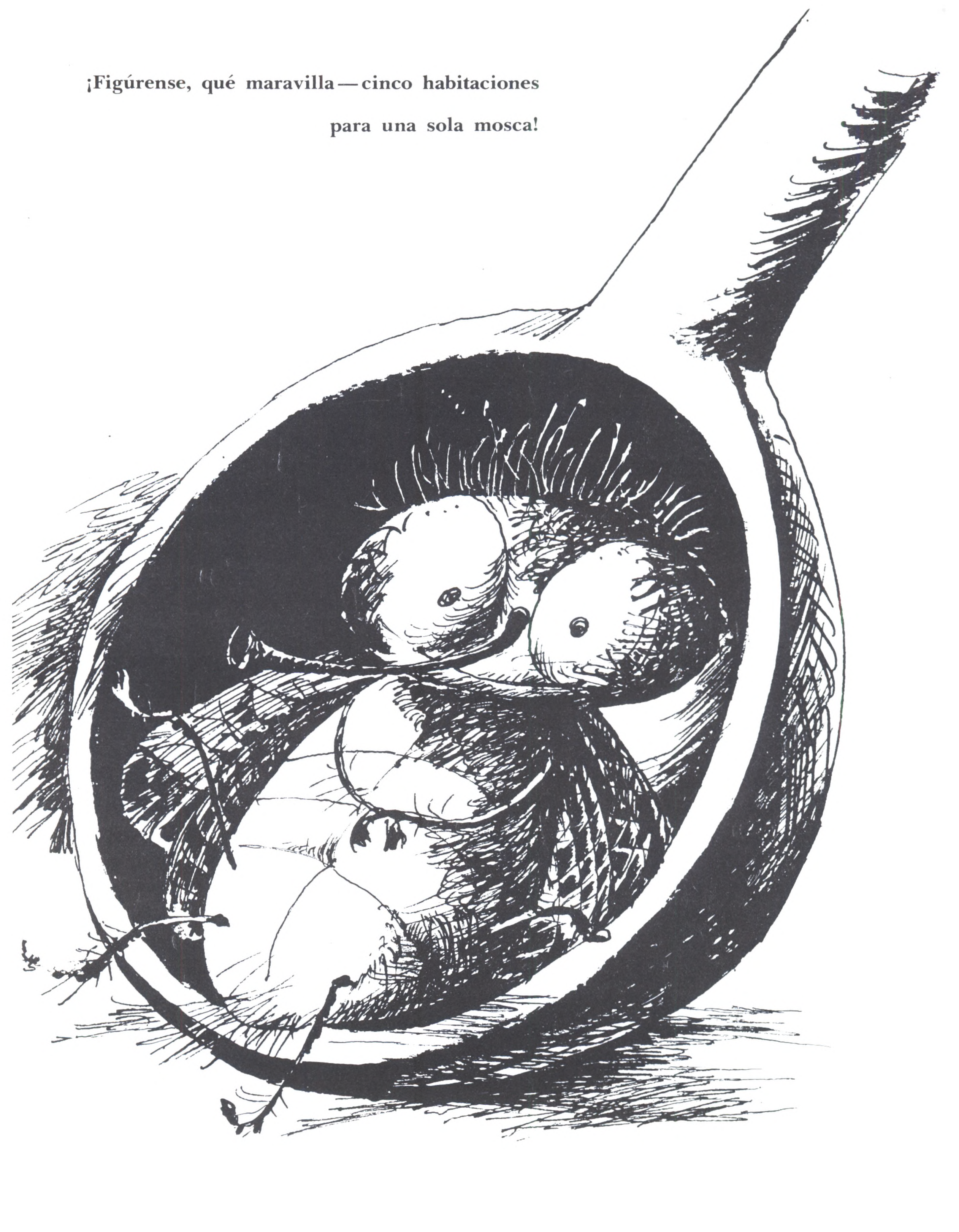
Llegóse Aliónushka a la orilla del río y empezó a preguntarle al alegre Yasha qué había ocurrido, y, al enterarse, también se echó a reír.

— Pero qué tontos son los peces y las aves. Hace poco repartí cuatro manzanas... Llega papá con cuatro manzanas y dice—: Divídelas en partes iguales para Liza y para mí. Y yo fui y las dividí en tres partes: una manzana se la di a papá, otra a Liza y yo me quedé con dos.





HABIA UNA VEZ
UNA MOSQUITA SOLITARIA



¡Figúrense, qué maravilla—cinco habitaciones para una sola mosca!

1

¡Qué divertido y maravilloso fue el verano! Resulta difícil contarlo todo en orden... Había muchísimas moscas, diríase que miles. Vuelan, zumban y se regocijan. Nació la Mosquita, extendió sus alas. Su alegría era indescriptible. Lo más notable es que por la mañana se abrían todas las ventanas y puertas que daban a la terraza de tal modo que ella podía volar a su antojo.

— Qué ser tan bueno es el hombre —se admiraba la Mosquita, mientras volaba de una ventana a otra—. Hicieron las ventanas para nosotras, y las abren, también para nosotras. Esto es muy agradable y sobre todo, muy divertido...

Miles de veces volaba ella al jardín, se posaba en el pastito verde, se deleitaba con las lilas en flor, con las hojitas tiernas del tilo, que acababan de abrirse, y con las flores en los macizos. El jardinero, hasta ahora desconocido, se había preocupado con anticipación de todo. ¡Oh, que bondadoso es este hombre!... La Mosquita no había nacido todavía, y él ya lo tenía todo listo, absolutamente todo lo que ella necesitaba. Esto era más asombroso, si se piensa que el jardinero no sabía volar, y que a veces, hasta caminaba con bastante dificultad, balanceándose y murmurando algo indescifrable.

— ¿De dónde vienen estas malditas moscas? —refunfuñaba el buen jardinero.

Por lo visto, el pobrecito lo decía de envidia, pues no sabía volar y no hacía más que palear la tierra, plantar y regar las flores. La joven Mosquita revoloteaba adrede sobre la encarnada nariz del jardinero y esto lo fastidiaba mucho.

Además, la gente es tan buena, que precisamente a las moscas suele brindarles muchos placeres. Aliónushka tomaba leche y comía panecillos, le pedía azúcar a la tía Olia, y pensando en las moscas, derramaba algunas gotitas de leche, y sobre todo, les dejaba migas de pan y azúcar. ¿Dime por favor, qué puede ser más sabroso que estas migas si uno ha volado toda la mañana y tiene hambre?... La cocinera Pasha era aún más buena que Aliónushka. Cada día solía ir al mercado a traer, especialmente

para las moscas, cosas tan deliciosas como carne de res, y en ocasiones pescado, crema de leche y mantequilla. En fin, se trataba de la mujer más buena de la casa. Conocía muy bien las necesidades de las moscas, aunque igual que el jardinero, tampoco sabía volar. Era, lo que se dice, una mujer buena en todo y por todo.

¿Y la tía Olia? Oh, esta persona maravillosa parecía vivir entregada a las moscas... Siempre, por la mañana, con sus propias manos les abría las ventanas para que pudieran volar con mayor comodidad, y, cuando llovía o hacía frío, las cerraba, para que no se mojaran sus alitas ni se resfriaran. Más tarde, la tía Olia se dio cuenta de que a las moscas les gustaban mucho el azúcar y las bayas. Entonces decidió prepararles una confitura. Claro que ellas comprendieron de inmediato para quién lo hacía, y agradecidas, se metían en los recipientes con los dulces. La confitura le gustaba mucho a Aliónushka, mas para no ofender a las moscas, la tía Olia le servía sólo una o dos cucharaditas.

Como las moscas no podían comerse todo el dulce de una sola vez, la tía Olia, guardaba una parte en frascos para que no se lo fueran a comer los ratones. Luego, cada día se lo servía a las moscas cuando tomaba té.

— ¡Ah, qué buenos y generosos son los hombres! —se admiraba la joven Mosquita, volando de una ventana a otra—. Quizá, es mejor que las gentes no sepan volar, porque si fueran moscas, se lo comerían todo... ¡Ay, qué lindo es vivir en este mundo!

— Al fin de cuentas, la gente no es tan bondadosa como te la imaginas —le dijo una Mosca vieja a quien le gustaba gruñir—. Sólo aparentan... ¿Te fijaste en el hombre a quien todos llaman "papá"?

— Oh, sí... Ese es un señor muy severo. Tiene usted toda la razón, mi buena y generosa Mosca vieja... ¿Por qué entonces fuma esa pipa, si sabe muy bien que yo no tolero en absoluto el humo del tabaco? Pienso, que lo hace para fastidiarme... Además, no quiere hacer nada por nosotras. En una oportunidad probé la tinta con la que siempre está escribiendo algo y casi

me muero... ¡Es un horror! Con mis propios ojos vi ahogar en su tintero dos hermosas mosquitas inexpertas. Fue algo terrible, cuando sacó con su pluma a una de ellas, dejando en el papel un tremendo manchón... ¡Figúrese, no sintió ningún remordimiento y como si fuera poco nos echó la culpa a nosotras! ¡Qué injusticia!

— Creo que este "papá" ignora en absoluto lo que es la justicia, aunque posee una virtud... —respondió la vieja y avezada Mosca—. Toma cerveza después del almuerzo. ¡Esta no es una mala costumbre! ¡A mí también me gusta, pero me sienta mal!

— A mí también me gusta la cerveza —confesó la Mosquita jovencita, y hasta se sonrojó un poco—. Me pone muy alegre, muy alegre, aunque al día siguiente me duele un poco la cabeza. Quizá, el papá no hace nada por las moscas pues no come dulces, y el azúcar sólo lo echa en el vaso de té. Creo que no se puede esperar nada bueno de una persona que no come dulces... No le queda más que fumar su pipa.

En general, las moscas conocían muy bien a la gente, aunque valoraban a las personas a su manera.

2

El verano fue muy caluroso y cada día era mayor y mayor el número de moscas. Caían en la leche, se metían en la sopa, en el tintero, zumbaban, revoloteaban y fastidiaban a todo el mundo. Nuestra joven Mosquita se había transformado en una auténtica mosca adulta; y más de una vez estuvo a punto de morir. Una vez, metió las patas en el dulce y se embadurnó de tal manera, que apenas pudo salir; otra, voló semidormida en dirección a la lámpara encendida y poco faltó para que se quemara las alitas; y la tercera, casi muere aplastada entre los marcos de una ventana. En fin, las peripecias fueron muchas.

— ¡¿Qué es esto?! ¡No dejan vivir estas moscas! —se quejaba la cocinera—. Es una locura, se meten en todas partes... Hay que

acabar con ellas.

Hasta nuestra Mosca consideraba que ya eran demasiadas, sobre todo en la cocina. Al anochecer, el cielo raso se cubría y parecía de una viva red movediza. Y cuando se traían las provisiones, las moscas se lanzaban sobre ellas a montones, empujándose unas a otras en terribles querellas. Las más grandes y fuertes se apropiaban de los mejores pedazos, dejando sólo restos para las demás. La cocinera tenía razón.

Una vez sucedió algo terrible. La cocinera Pasha trajo un paquete de papeles muy sabrosos, mejor dicho, se hicieron de verdad sabrosos cuando los dispersaron en los platillos, los rociaron con azúcar y agua tibia.

— ¡Este sí que es un excelente convite para las moscas! —decía la cocinera, colocando los platitos en los lugares más visibles.

Las moscas comprendieron, que les preparaban algo y en alegre enjambre se lanzaron sobre el nuevo manjar. Nuestra Mosca también se precipitó hacia uno de los platitos, siendo víctima de fuertes empujones.

— ¿Por qué empujan ustedes, señores? —dijo ofendida—. Al fin de cuentas, yo no soy tan glotona como para dejar sin comer a las demás. Es una descortesía...

Luego, sucedió algo increíble. Las moscas más avaras fueron las primeras en pagarlas... Primero, andaban como borrachas y después se iban al otro mundo. Por la mañana, Pasha recogió un plato grande lleno de moscas muertas. Sobrevivieron las más sensatas y entre ellas, nuestra Mosca.

— ¡No queremos esos papeles! —chillaban todas—. No queremos...

Pero al día siguiente volvió a suceder lo mismo. Sobrevivieron las más sensatas entre las sensatas.

— Ellas no dejan vivir... —se quejaba Pasha.

Entonces, el señor a quien llamaban "papá" trajo tres copas de vidrio muy bonitas, echó en ellas cerveza y las colocó sobre los platitos... Aquí cayeron muertas también las moscas más sensatas porque estas copas eran cazamoscas. Atraídas por el aroma de la

cerveza, las moscas volaban, caían en la campana y allí morían, sin hallar salida.

— ¡Magnífico!... —afirmaba Pasha, quien resultó ser una mujer cruel, que se alegraba de la desgracia ajena.

¿Qué puede haber de magnífico?. Juzgue usted mismo. Si las personas tuvieran alas como las moscas y se les colocara cazamoscas del tamaño de una casa, si fueran víctimas como nosotras... Aleccionada por la amarga experiencia de sus compañeras más sensatas, nuestra Mosca perdió toda la confianza en la gente que sólo aparenta ser buena y en esencia se dedica toda su vida a engañar a las pobres y confiadas moscas. ¡Oh, a decir verdad, el hombre es el animal más astuto y feroz!...

Con estos contratiempos, el número de moscas disminuyó considerablemente y, de pronto, ocurrió una nueva desgracia. El verano había terminado, comenzaron las lluvias, soplaba un viento frío y el clima se ponía de mal semblante.

— ¿Será posible que el verano haya terminado? —decían con asombro las sobrevivientes—. ¿Cómo pudo pasar tan rápido? Esto es injusto... Y el otoño, ¿cómo llegó sin que nos diéramos cuenta?

Esto era peor que los papelitos envenenados y los cazamoscas de vidrio. Del mal tiempo, sólo se podía encontrar protección en el peor de los enemigos, es decir el señor hombre. Lamentablemente, ya no se abrían las ventanas durante el día y sólo a veces se abría el ventanillo. Hasta el mismo sol brillaba para deslumbrar a las ingenuas moscas domésticas. Imagínese el siguiente cuadro. El sol, muy alegre, asoma por las ventanas y parece invitar a las moscas al jardín. Se puede pensar que regresaba el verano. Las ingenuas moscas vuelan a través del ventanillo... mas el sol brilla pero no calienta. Cuando regresan se encuentran con que el ventanillo está cerrado. De esta forma en las frías noches otoñales murieron muchas moscas a causa de su ingenuidad.

— No, yo no creo —decía nuestra Mosca—. No creo en nada... Si hasta el sol engaña, ¿a quién se le puede creer entonces?

Se comprende que con la llegada del otoño las moscas tenían

un ánimo pésimo. A casi todas se les avinagró el carácter. Las viejas diversiones quedaron en el olvido y se tornaron sombrías, lánguidas y tristes. Algunas hasta empezaron a picar, cosa que no sucedía antes.

A nuestra Mosca se le avinagró de tal manera el carácter, que ella misma no se reconocía. Si antes se condolía cuando otras morían, ahora sólo pensaba en sí misma. Hasta se avergonzaba de decir en voz alta sus pensamientos:

"Que se mueran, quedará más para mí."

No son muchos los rincones cálidos de verdad donde pueda invernar una mosca muy respetable. Además, nuestra Mosquita estaba cansada de sus amigas, que se metían en todos lados quitándole delante de sus narices los mejores pedazos, y, en general, se portaban de una forma muy poco respetuosa. Ya era hora de descansar.

Las demás moscas parecían adivinar sus malos pensamientos y morían a centenares; no morían, parecían dormirse. Cada día quedaban un menor número, de manera que eran innecesarios los papelitos envenenados y los cazamoscas de vidrio. Pero también esto le parecía poco a nuestra Mosca, ella quería quedarse completamente sola. ¡Figúrense, qué maravilla —cinco habitaciones para una sola mosca!...

3

Y llegó ese día feliz. Por la mañana, nuestra Mosca se despertó bastante tarde. Desde hacía tiempo sentía cierto incomprensible cansancio y prefería descansar tranquila en su rinconcito debajo de la estufa. Pero este día advirtió que había ocurrido algo inusual. Al volar hacia la ventana lo comprendió todo. Había nevado por primera vez... La tierra se cubría con un velo blanquecino.

— ¡Ah, es el invierno! —pensó—. Todo es blanco, como un buen pedazo de azúcar.

Luego, advirtió que las demás moscas habían desaparecido por completo. Pobrecitas, no aguantaron y se durmieron allí

donde les cogió el primer frío. Otras veces, la Mosca se hubiera compadecido de ellas, pero ahora pensaba:

"¡Magnífico!... Ahora soy la única... Nadie se comerá mi dulce, mi azúcar, mis miguitas... ¡Ay, que bueno!..."

Voló por todas las habitaciones y se convenció una vez más que ella era la única. Ahora podía hacer todo lo que quería. ¡Y qué calentitas estaban las habitaciones! El invierno reinaba allí afuera, mientras en casa podía sentir calorcito y estar cómoda, sobre todo por las noches, cuando se encendían las lámparas y las velas. A propósito, con la primera lámpara ocurrió un pequeño incidente —la Mosca voló hacia la llama y estuvo a punto de achicharrarse.

— Seguramente, este es un cazamoscas invernal —reflexionó frotándose las patitas quemadas—. No, a mí no me engañan... ¡Oh, yo comprendo todo a la perfección!... ¿Quieren ustedes liquidar a la última mosca? No lo van a lograr... ¿Y el fogón de la cocina? ¡Como si yo no supiera que ése también es un cazamoscas!

La última Mosca se sintió feliz durante algunos días, luego empezó a aburrise tanto, tanto, que resulta imposible de contar. Claro que estaba abrigada, bien comida, pero sentía nostalgia. Vuela, vuela, descansa, come, vuelve a volar y se aburre más que antes.

— ¡Ay, que aburrida estoy! —chillaba con su vocecita fina y afligida, volando de una habitación a otra—. Si por lo menos hubiera otra mosquita, aunque fuese la peor, pero mosca al fin...

Y se lamentaba mucho de su soledad. Nadie quería comprenderla en absoluto. Esta situación la enfadaba más aún y ella fastidiaba a la gente como si estuviera loca. Se sentaba en la nariz de uno, en la oreja de otro, o revoloteaba delante de los ojos de aquí para allá. En una palabra, se comportaba como una perfecta loca.

— ¡Qué espanto! ¿Cómo no quieren ustedes comprender que estoy completamente sola y aburrida? —le chillaba a cada uno—. Ustedes ni siquiera saben volar, ni saben lo que es aburrirse. Si por lo menos alguien jugara conmigo... Pero no, qué va. ¿Quién

puede ser más pesado y torpe que el hombre? El ser más despreciable que jamás conocí...

La última Mosca tenía cansados a todos, hasta al perro y al gato. Lo que más la desconsoló fue cuando la tía Olia dijo:

— Ay, la última mosca... Por favor no la toquen. Déjenla vivir el invierno.

¿Qué quiere decir esto? Es una ofensa directa. Por lo visto, han dejado de considerarla mosca. "Déjenla vivir", ¡vaya favor que me hacen! ¿Y si estoy aburrida? ¿Si ya no quiero vivir? No quiero y basta".

La última Mosca se disgustó tanto con todos, que hasta sintió miedo. Vuela, zumba, chilla... Por fin, una araña que se hallaba en un rincón se compadeció de ella y le dijo:

— Querida Mosca, venga conmigo... mire ¡qué hermosa telaraña tengo!

— Te estoy muy agradecida... ¡Vaya amigo que se me presenta! Conozco tu hermosa telaraña. Por lo visto, has sido hombre alguna vez y ahora simulas ser araña.

— Venga usted, yo le deseo el bien.

— ¡Ay, qué repugnante! ¿Eso significa desear el bien? ¡Comerse la última Mosca!...

Discutieron mucho y, sin embargo, continuaba aburrida, tan aburrida, que resulta imposible de contar. La Mosca se enfadó con todos, se cansó y dijo en voz alta:

— Ya que es así, ya que no quieren entender lo aburrida que estoy, voy a quedarme quieta en un rincón todo el invierno... Sí, me quedaré quieta y no saldré para nada...

Hasta lloriqueó de pena, recordando la alegría vivida en verano. Cuántas moscas alegres existieron, y ella había deseado quedarse completamente sola. Este fue su fatal error...

El invierno se hacía interminable y la última Mosca pensaba que ya nunca más llegaría el verano. Quería morirse y lloraba bajito. Con seguridad los hombres inventaron el invierno, ellos inventan todo lo que sea dañino para las moscas. ¿Quizá la tía Olia escondió el verano en alguna parte, del mismo modo que guarda el azúcar y los dulces?...

La Mosca estaba dispuesta a morirse de desesperación, mas sucedió algo insólito. Disgustada, como siempre, se encontraba en su rinconcito y de pronto oyó: ¡zun-zun-zun!... Al principio no le creía a sus oídos, pensaba que la estaban engañando. Pero luego... ¡Oh, qué fue eso!... Ante ella volaba una auténtica mosquita viva, muy joven. Acababa de nacer y se regocijaba.

— ¡Comienza la primavera!... ¡La primavera! —zumbaba la mosquita.

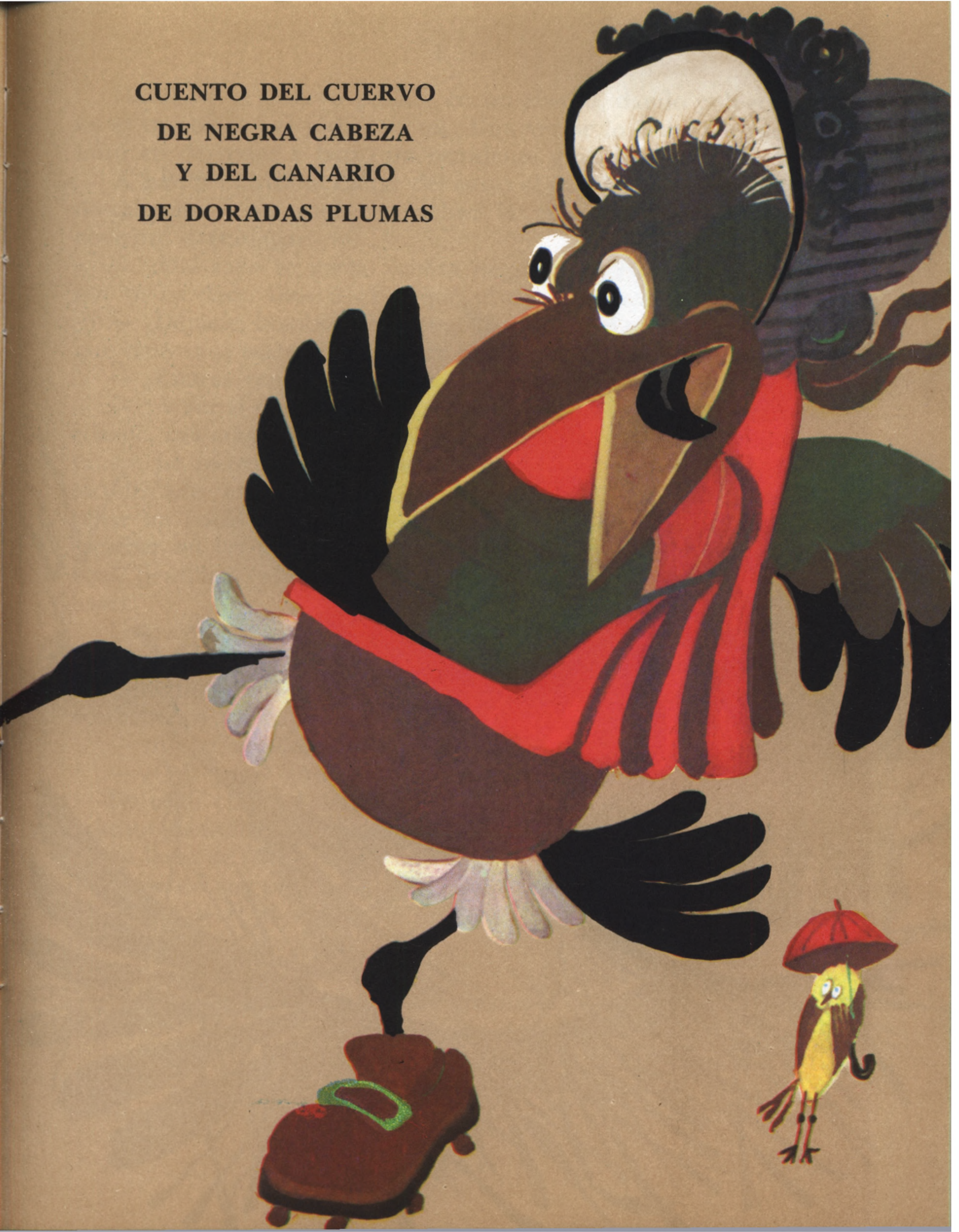
¡Cómo se alegraron las moscas de su encuentro! Se abrazaron, se besaron y hasta se lamieron las trompas una a la otra. Nuestra mosca vieja estuvo narrando durante varios días lo mal que había pasado el invierno y lo aburrida que se encontraba sola. La joven Mosquita se reía con su vocecita fina y no podía llegar a comprender cómo se podía estar aburrida.

— ¡La primavera! ¡La primavera!... —repetía ella.

Cuando la tía Olia ordenó que quitaran los marcos de invierno de las ventanas y Aliónushka asomó por la primera ventana abierta, la última Mosca lo comprendió todo en un momento.

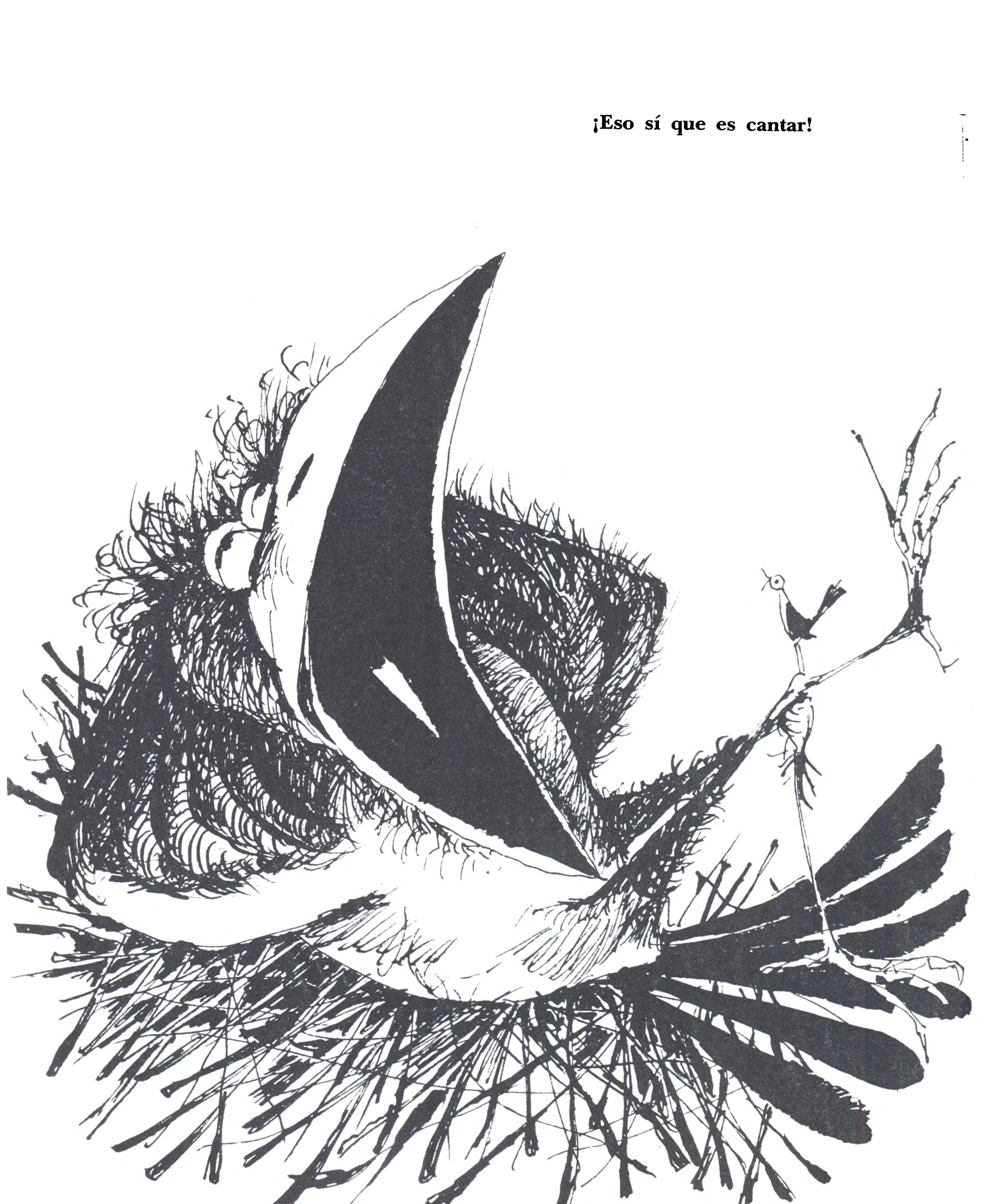
— Ahora comprendo —zumbaba, volando por la ventana—, el verano lo hacemos nosotras, las moscas...





CUENTO DEL CUERVO DE NEGRA CABEZA Y DEL CANARIO DE DORADAS PLUMAS

¡Eso sí que es cantar!



1

Hallábase el Cuervo posado en un abedul, dando golpecitos en el tronco con el pico: tac, tac. Una vez se lo hubo limpiado, miró en derredor y lanzó un estridente graznido.

A punto estuvo de caerse del susto el gato Vaska, que estaba descabezando un sueñecito sobre la empalizada. El minino comenzó a rezongar:

— ¡Mal rayo te parta, cabeza negra! ¡Vaya con la vocecita que te ha dado Dios!... ¿Y a qué se debe tanta alegría?

— ¡Déjame, hombre! ¡No tengo tiempo! ¿No te das cuenta de que estoy muy atareado? Siempre tiene uno mil cosas que hacer.

— ¡Estarás rendido, pobrecito! —exclamó, riendo, Vaska.

— ¡A ver si te callas, holgazán! Tú no haces más que estarte echado, calentándote al sol, mientras yo no paro en todo el día: ya me he recorrido diez tejados, he visitado media ciudad, he escudriñado todos los rincones y recovecos. Tengo aún que echar un vuelo al campanario, dar una vuelta por el mercado, escarbar en las huertas... Vamos, no sé lo que estoy haciendo aquí, perdiendo el tiempo contigo. ¡Tengo la mar de cosas que hacer!

Limpióse por última vez el pico en una ramita y, después de sacudir las alas, disponíase a emprender el vuelo, cuando llegó a sus oídos una terrible algarabía. Era una bandada de gorriones que volaban tras un pajarito de doradas plumas.

— ¡Eh! ¡Cogedlo, cogedlo! —chillaban los gorriones.

— ¿Qué pasa? ¿Adónde vais? —gritó el Cuervo.

De unos cuantos aletazos, el Cuervo alcanzó la bandada. El pajarito amarillo, agotadas las fuerzas, se lanzó hacia un pequeño jardín lleno de lilas, groselleros y cerezos silvestres, con objeto de ocultarse de sus perseguidores.

Refugióse el pajarillo bajo una mata y al instante apareció el Cuervo, que le preguntó:

— ¿Y tú quién eres?

Hallábase la mata cuajada de gorriones que, irritados contra el pajarito amarillo, querían matarlo a picotazos.

— ¿Por qué os metéis con él? —inquirió el Cuervo.

— ¿Y él, por qué es amarillo? —chillaron a una los gorriones.

Echó el Cuervo una mirada al pajarito y reparó en que todo él, en efecto, era amarillo. Movió la cabeza el Cuervo y dijo sentenciosamente:

— ¡Qué ocurrencias!... ¡Si no es un pájaro!... ¡Habéis visto alguna vez un ave así? Y ahora, ¡largo de aquí! Tengo que hablar con ese portento. Se hace pasar por ave y no lo es.

Chillaron y piaron los gorriones, y su cólera subió de punto, mas, ¿qué remedio les quedaba? Había que tomar el portante. Imposible discutir con el Cuervo: como le diera a uno un picotazo, quedaría muy mal parado.

Habiendo ahuyentado a los gorriones, comenzó el Cuervo a sonsacar al pajarito amarillo, que respiraba trabajosamente, mirando, lastimero, con sus negros ojitos.

— ¿Tú quién eres? —preguntó el Cuervo.

— Soy un Canario...

— Mira, no me engañes, que va a ser peor. Si no fuera por mí, los gorriones te hubieran matado a picotazos...

— De verdad que soy un Canario...

— ¿Y de dónde vienes?

— Es que yo vivía en una jaula. En ella nací y crecí. Ardía en deseos de volar, como las demás aves. La jaula se hallaba sobre el alféizar de una ventana y yo no hacía más que contemplar a los otros pájaros... ¡Qué alegres vivían ellos, mientras yo estaba encerrado en mi jaula! Una vez, la niña Aliónushka trajo una tacita de agua, abrió la puertecilla de la jaula y yo me escapé. Estuve revoloteando un rato por la habitación y luego huí por la ventana.

— ¿Y qué hacías en la jaula?

— Cantar. Yo canto bien.

— A ver esa voz...

Púsose el Canario a cantar. Ladeó el Cuervo la cabeza y quedó asombrado:

— ¿A eso le llamas tú cantar? ¡Ja... ja... ja! ¡Vaya unos tontos que eran tus amos, si te daban de comer por esa voz! Ya, de mantener a alguien, había que mantener a un pájaro de verdad, como yo, por ejemplo. Hace un rato lancé un tal graznido, que

el pillo de Vaska estuvo a punto de caerse de la empalizada. ¡Eso sí que es cantar!

— Conozco al tal Vaska... El más temible de los animales. ¡La de veces que se acercó a la jaula a hurtadillas, con esos ojazos verdes, brillantes! Y además, sacando las garras...

— Bueno, eso depende. Hay quien le tiene miedo y hay quien no. Es un pillo de marca mayor, qué duda cabe, pero no hay por qué tenerle miedo. Bueno, de eso ya hablaremos luego... No acabo yo de creer que seas un ave de verdad.

— De veras, tío Cuervo, que soy un pájaro, soy un pájaro del todo. Los canarios son aves...

— Bueno, bueno, eso ya lo veremos... Y ¿cómo te las arreglarás para vivir?

— Yo me contento con poco: me bastan unos granitos, un terroncito de azúcar o un poco de pan y ya estoy satisfecho.

— ¡Miren el señorito! Ya te pasarás sin azúcar y en cuanto a los granitos, tendrás que agenciártelos como puedas. ¿Sabes qué? Me has caído en gracia. ¿Quieres que vivamos juntos? Tengo un nido estupendo en un abedul.

— Infinitas gracias. La cosa es que los gorriones...

— Vivirás conmigo y nadie se atreverá a ponerte la mano encima. No sólo los gorriones, sino también el pillo de Vaska saben el genio que gasto. Yo no me paro en chiquitas.

Recobró los decaídos ánimos el Canario y emprendió el vuelo en compañía del Cuervo.

¡Pues si en aquel nido se estaba a las mil maravillas! ¡Si pudiera conseguir un terroncito de azúcar y un pedacito de galleta!

* * *

Así, pues, vivieron juntos en el mismo nido el Cuervo y el Canario. Aunque el Cuervo solía rezongar, no era mal sujeto. Era su mayor defecto envidiar a todos y tenerse por poco afortunado.

— Vamos a ver, ¿en qué son mejores que yo las necias de las

gallinas? Y les dan de comer y las cuidan —decíale al Canario en son de queja—. Pues ¿y las palomas? ¿para qué sirven? Ya ves, ¿cuántas veces les echan un puñadito de avena! También son tontas... Y yo, no hago más que acercarme, y ya me están echando con cajas destempladas. ¿Acaso es justo? ¡Y encima le insultan a uno llamándole Cuervo babieca! ¿Tú no has echado de ver que soy mejor que las demás aves, y más hermoso?... Verdad es que uno no debe alabarse, pero son ellos los que me obligan. ¿No es cierto?

El Canario a todo asentía.

— Sí, eres un ave grande...

— Ahí está la cosa. Y a los papagayos los tienen metidos en jaulas y los cuidan, y ¿en qué es mejor un papagayo que yo?... Pst, ¡es el pájaro más tonto! No hace más que chillar y farfullar cosas que no hay manera de entender. ¿No es así?

— Sí, es verdad. En casa también había un papagayo y a todos les daba la lata.

— ¡Y cuántas aves hay que no se sabe para qué existen! Ahí tienes, por ejemplo, a los estorninos. Llegan como alocados, no se sabe de dónde; se quedan a vivir el verano y, luego, vuelven a marchar. Lo mismo les pasa a las golondrinas, a los abejarucos, a los ruiseñores. ¡Pues no hay poca morralla de ésa en el mundo! ¡Vaya, que no hay ni un pájaro serio, de pura cepa!... En cuanto se empieza a sentir el menor frío, todos escapan a la desbandada.

Así las cosas, el Cuervo y el Canario no llegaban en realidad a compenetrarse. El Canario no concebía la vida en libertad, mientras al Cuervo no se le alcanzaba que se pudiera vivir enjaulado.

— ¿Es posible —decíale al Cuervo el asombrado Canario— que nunca le haya echado a Vd. nadie unos granitos? ¿Cómo es posible?

— Pero qué tonto eres... ¡Pues sí que está uno para granos cuando siempre hay que estar alerta para que no le maten con un palo o una piedra! ¡La gente es muy mala!

Con eso sí que no estaba de acuerdo el Canario, pues eran precisamente los hombres quienes le habían dado de comer...

Quizá fueran figuraciones del Cuervo... Bien pronto tuvo ocasión el Canario de convencerse de la maldad de las gentes.

Hallábase el Cuervo una vez sobre una valla cuando, de repente, pasó casi rozándole la cabeza una pesada piedra. Unos escolares, que pasaban por la calle, al ver al Cuervo, no pudieron por menos de arrojársela.

— ¿Qué? ¿Te has convencido ahora? —preguntó el Cuervo, que se había subido al tejado—. Todos son así; bueno, las personas, se entiende.

— ¿No será que les ha causado Ud. algún disgusto?

— Ninguno. Están enfadados conmigo, así, porque sí. Todos me odian.

Al Canario le dio lástima del pobre Cuervo, al que nadie tenía cariño. ¡Así no había forma de vivir!

Enemigos los había en número considerable. El gato Vaska, por ejemplo. Era de ver con qué untuosa mirada contemplaba a todos los pájaros, fingiendo dormir. El Canario había visto, en una ocasión, cómo el gato se apoderaba de un pequeño e inexperto gorrión. La cosa fue tan rápida, que sólo oyó crujir los huesecitos, mientras salían volando las plumas... ¡Uy, qué miedo! ¡También los gavilanes eran buenos! Se estaban planeando en el aire y, de pronto, ¡zas!, dejábanse caer rápidamente sobre una avecilla desprevenida. También había presenciado el Canario cómo un gavilán arrebataba un polluelo. Verdad es que el Cuervo no le tenía miedo ni a los gatos ni a los gavilanes y él mismo no tenía inconveniente en regalarse el paladar con algún que otro pajarillo. Al principio, el Canario no daba crédito a aquello, mas terminó convenciéndose, cuando lo vio con sus propios ojos. En una ocasión, vio una bandada de gorriones que perseguían al Cuervo, piando y chillando... Asustóse terriblemente el Canario y se ocultó en el nido.

— ¡Suéltalo!, ¡suéltalo! —chillaban, frenéticos, los gorriones, revoloteando en torno al nido del Cuervo—. ¡Habráse visto! ¡Esto es propio de bandidos!

El Cuervo metióse rápido en el nido, y el Canario vio horrorizado que llevaba en las garras un gorrioncillo muerto,

todo ensangrentado.

— ¿Pero qué hace Vd., tío Cuervo?

— ¡Tú, a callar! —barbotó furioso el Cuervo.

Sus ojos ardían, infundiendo espanto... El Canario cerró los suyos de miedo, para no ver cómo el Cuervo destrozaba al pobre gorrión. "Así me comerá algún día a mí" —pensaba el Canario.

El Cuervo, después de matar el gusanillo del hambre, solía tornarse más bondadoso. Limpiábase el pico e, instalándose en alguna rama, dormitaba dulcemente. El Canario se había dado cuenta de que el tío Cuervo era terriblemente voraz y no le hacía ascos a nada. Unas veces, traía una corteza de pan o un pedacito de carne podrida, otras, sobras de comida que sacaba de los basureros. Era esta última su ocupación predilecta, y al Canario no se le alcanzaba qué placer podía hallar escarbando en la basura. Verdad es que no se le podía echar en cara aquel proceder al Cuervo, pues solía engullir al día lo que no eran capaces de comerse veinte canarios juntos. Procurarse el sustento era lo único que le preocupaba... Posábase en algún tejado y se ponía a observar, por ver si hallaba algo.

Cuando le daba pereza buscarse la comida él mismo, recurría a alguna treta. Bastábale ver que los gorriones andaban a vueltas con algo, para lanzarse al momento, cual si fuera de paso, y chillando a voz en cuello:

— ¡Tengo mucha prisa!... ¡La mar de prisa!

Se acercaba, les arrebataba la presa y desaparecía tan fresco.

— Eso de quitarle algo al prójimo está muy mal hecho, tío Cuervo —díjole, en una ocasión, el Canario indignado.

— ¿Que está mal? ¿Y qué le voy a hacer si siempre tengo hambre?

— También los demás la tienen...

— Bueno, los demás ya se preocuparán ellos mismos. Es sólo a vosotros, los melindrosos, a quienes os dan de comer en la jaula, que nosotros debemos buscarnos el sustento. Además, a ti o a un gorrión, bien poco os hace falta... Con un granito estáis satisfechos todo el día.

Pasó rápido el verano. Parecía que el sol calentaba menos y el

día se había vuelto más corto. Comenzaron las lluvias. Soplaban vientos fríos. El Canario se sentía el más desgraciado de los pájaros, sobre todo cuando llovía. Mientras tanto, el Cuervo parecía no reparar en nada.

— ¿Qué le hace que esté lloviendo? —exclamaba, asombrado—. Ya dejará de llover.

— ¡Si es que hace frío, tío Cuervo! ¡Pero qué frío hace!...

Cuando el Canario lo pasaba peor era por las noches. Temblaba todo empapado, mientras el Cuervo se enfadaba.

— ¡Cuánto melindre! ¿Qué será de ti cuando haga mucho frío y se ponga a nevar?

Al Cuervo no le gustaba ver aquello. ¡Vaya un ave si le temía a la lluvia, al viento y al frío! ¡Así no se podía vivir en este mundo! Y volvieron a asaltarle las dudas que antes experimentara sobre la verdadera naturaleza del Canario. De seguro que simulaba ser un ave.

— De veras, tío Cuervo, que soy un pájaro —afirmaba el Canario con lágrimas en los ojos—. Pero es que a veces tengo frío...

— Bueno, bueno... Es que a mí me sigue pareciendo que tú no eres un ave, que son simulaciones tuyas.

— No, no, de veras que no lo simulo.

A veces el Canario reflexionaba detenidamente sobre su suerte. Quizá hubiera hecho mejor quedándose en la jaula... Allí se estaba uno calentito y satisfecho. El Canario llegó incluso a aproximarse varias veces a aquella ventana, en la que se hallaba su añorada jaula. Ya había allí dos canarios nuevos, que le envidiaban a su vez.

— ¡Qué frío tengo! —piaba tristemente el Canario, aterido—. Dejadme entrar en casa.

Una mañana, al asomarse, el Canario quedó asombrado ante el triste espectáculo que a su vista se ofrecía: la tierra aparecía toda blanca, cubierta, cual de un sudario, por la primera nevada. Todo estaba blanco en derredor. Desgraciadamente, la nieve había cubierto los granitos que servían de alimento al Canario. Sólo quedaban las serbas, y eran tan ácidas, que no podía

comerlas. Mientras tanto, el Cuervo, picoteando la serba, no hacía más que elogiarla, diciendo:

— ¡Qué baya más rica!

Dos días estuvo el Canario sin probar bocado y la desesperación hizo presa en él. ¿Cuál iba a ser su suerte en adelante? De seguir así, podía morirse de hambre.

Hallábase el Canario abismado en tristes pensamientos, cuando vio en el jardín a los escolares que habían apedreado al Cuervo. Los muchachos extendieron en tierra una red, arrojaron sobre ella unos granos de sabrosa linaza y salieron corriendo.

— ¡Si estos chicos no son malos! —exclamó el Canario con alegría, contemplando la red—. Tiíto, los niños me han traído de comer.

— ¡No está mal la comida, ni qué decir tiene! —refunfuñó el Cuervo—. No se te ocurra meterte ahí... ¿Me oyes? En cuanto empieces a picotear los granos, caerás en la red.

— ¿Y qué pasará luego?

— Te volverán a meter en una jaula.

Púsose a reflexionar el Canario: ganas de comer, sí que tenía, pero no de que le volvieran a meter en una jaula. Verdad era que tenía hambre y frío, pero estaba claro que se vivía mucho mejor en libertad, sobre todo cuando no llovía.

El Canario resistió a la tentación durante unos días, pero al fin, pudo más el hambre y el Canario picó, cayendo en la red.

— ¡Socorro, socorro! —clamaba, lastimero, el Canario—. No lo haré más... ¡Más vale morirse de hambre, que volver a la jaula!

Al Canario le parecía que nada en el mundo era comparable al nido del Cuervo. Verdad es que a veces hacía frío y se pasaba hambre, pero, en cambio, se gozaba de plena libertad. Podía ir uno a donde quisiera... El Canario se echó a llorar. Iban a venir los niños y volverían a meterlo en la jaula.

Felizmente acertó a pasar el Cuervo y vio en qué trance se hallaba el Canario.

— Tonto, más que tonto... —rezongó—, ¿no te había dicho yo que no probaras el cebo?

— Tiíto, no lo haré más...

El Cuervo había llegado a tiempo. Los niños venían corriendo para llevarse su presa, mas el Cuervo logró romper la fina red y el Canario recobró la libertad.

A los chiquillos no les quedó más que perseguir al maldito Cuervo, arrojándole palos y piedras e insultándole.

— ¡Qué bien se está aquí! —alegrábase el Canario, al encontrarse de nuevo en su nido.

— Sí, sí. ¡Qué bien! Mira, que no vuelvas a... —rezongaba el Cuervo.

Volvió el Canario a compartir el nido del Cuervo y nunca más se quejó del frío ni del hambre.

Un día, salió el Cuervo en busca de comida, pasó la noche en el campo, y, cuando volvió a casa, halló al Canario tendido con las patitas hacia arriba.

Inclinó el Cuervo la cabeza hacia un lado, lo miró y dijo:

— ¡Si ya decía yo que no era un ave!





EL MAS SABIO DE TODOS

¿Verdad que soy el más sabio?



1

El Pavo, como de costumbre, se despertó antes que los demás. Aún no amanecía. Llamó a su esposa y le dijo:

— ¿Verdad que soy el más sabio?...

La Pava medio dormida tosió y dijo:

— Sí, todos sabemos que eres el más sabio... cof-cof-cof...

— Dime sinceramente, ¿soy el más sabio? Porque hay muchas aves inteligentes pero la más sabia sólo hay una que soy yo.

— Sí, lo eres, lo eres... cof-cof-cof...

— Así es.

Y el Pavo, para hacerse notar, habló en tono desafiante.

— ¿Sabes? Me parece que me respetan poco, sí, muy poco.

— ¿Qué va? Eso te lo imaginas... cof-cof... —lo tranquilizó la Pava, peinándose sus desordenadas plumas—. Sí, te lo imaginas... no existen aves más sabias que tú... cof-cof...

— Y, ¿el Ganso? —El nunca dice nada, y yo siento que con su silencio no me respeta. Comprendo todo...

— No le prestes atención, no vale la pena... cof-cof-cof... ¿Acaso no te das cuenta que ese Ganso es un tontuelo?

— ¿Quién no lo sabe?, en su cara se ve que es un tonto y nada más... Sí, dejémoslo, no vale la pena reñir con un pájaro tonto... El problema es el gallo, ese gallo común... ¡Cuántas cosas me dijo hace tres días! ¡Y en qué tono! Todos lo oyeron, creo que hasta me llamó "bruto"... ¿Qué será eso?

— ¡Qué extraño eres! —se sorprendió la Pava—. ¿No sabes por qué siempre está gritando?

— Bueno, ¿por qué?

— Cof-cof-cof... todos lo saben. Tú y él son gallos, sólo que él es un gallo común, ordinario, mientras tú vienes allende los mares, eres un pavo, un gallo extranjero. ¿Ves? grita de envidia. Todos quisieran ser pavos.

— ¡Eso es imposible, querida esposa!... ¡Fíjate! ¡Cualquier

gallito quiere ser pavo! ¡No, vano empeño, eso nunca lo lograrás!...

La Pava, siendo modesta y buenecita se afligía, porque su Pavo era camorrista. Hoy no alcanzó a levantarse, cuando ya quería pelear. En una palabra, era el ave más inquieta de todas, aunque no era mala. A la Pava le daba pena oír a otras aves llamar al Pavo hablador y pretencioso. Claro, en parte tienen razón. ¿Acaso puede haber un ave sin defectos? No, no existe. Y la Pava hasta sentía cierto alivio al encontrar en otra ave algún defecto, aunque fuese mínimo.

Todas las aves se despertaron, y salieron al patio con gran algarabía. Las más alborotadoras eran las gallinas, que corrían y se amontonaban frente a la ventana de la cocina vociferando:

— ¡Co-co! Tenemos hambre. ¿Matriona, la cocinera, quiere hacernos morir de hambre?...

— ¡Paciencia, señoras! —dijo el Ganso, encogiendo una pata—. Yo también quiero comer pero no grito como ustedes. Si yo grazno con toda mi voz: go, go, go, o, iiiiigogogo... —el Ganso graznó tan fuerte que despertó a Matriona.

— Para él es muy fácil hablar de paciencia —refunfuñó la Pata—, su garganta parece un tubo, y tiene un cuello tan largo y un pico tan fuerte que si yo los tuviera, también hablaría de paciencia. Comería antes que los demás y les aconsejaría aguantar. Sabemos lo que significa la paciencia del Ganso...

El Gallo estaba de acuerdo con la Pata y cacareó:

— Sí, para el Ganso es fácil hablar de paciencia... pero ¿quién me quitó ayer las dos mejores plumas de mi cola? El Ganso, claro... Es incorrecto halarle la cola a uno. Bien, discutimos un poco y yo quise romperle la cabeza, no me arrepiento, pero el culpable soy yo y no mi cola. ¿No es verdad, señores? Las aves como las personas, cuando tienen hambre pueden cometer injusticias.

2

El orgulloso Pavo nunca se lanzaba a agarrar la comida, como los demás, y esperaba paciente a que Matriona echara a los otros glotones y lo llamara a él. Así ocurrió ahora. El Pavo caminaba al lado de la cerca y simulaba buscar algo.

— Cof-cof... ¡Qué hambre tengo! —se quejaba la Pava, siguiendo a su Pavo—. Matriona ya repartió la avena y me parece... la papilla de ayer... ¡Cuánto me gusta la papilla! Creo que toda la vida comería sólo papilla... hasta la veo en sueños...

A la Pava le gustaba quejarse cuando tenía hambre para que su Pavo se compadeciera de ella. En medio de las otras aves, ella parecía una viejecita. Por su eterna joroba, por su tos continua y su andar cansado, parecía como si estuviera estrenando patas.

— Sí, sería bueno comer papilla —asintió el Pavo—, pero las aves bien educadas nunca se abalanzan sobre la comida. ¿No es así? Si mi amo no me alimenta, moriré de hambre... ¿Y dónde va a encontrar otro pavo como yo?

— Otro como tú, no hay...

— Sí, la papilla no es nada. El problema es Matriona, ¿no es verdad? Si Matriona está, hay papilla. Todo en el mundo depende de ella: la avena, la papilla, los granos y las migajas.

El Pavo comenzaba a sufrir hambre a pesar de estos argumentos. Luego, cuando las demás aves comieron y Matriona no lo llamaba se puso muy triste. ¿Se olvidaría de él?... Esto sí que estaba mal...

Y ocurrió algo que le hizo olvidar al Pavo su hambre. Todo comenzó cuando una pollita, que caminaba cerca del cobertizo, gritó:

— Co-co-co...

Las demás gallinas la siguieron en coro: co-co... El que más fuerte cantaba era el gallo:

— ¡Socorro! ¿Quién está ahí?

Las demás aves acudieron corriendo y vieron algo extraordinario: en el cobertizo había algo gris, redondo, y cubierto de espinas.

— Pero si es una piedra —exclamó alguien.

— Se mueve —dijo la gallinita—. Yo también pensé que era una piedra, me acerqué y comenzó a moverse... digo la verdad. Creo que tiene ojos a diferencia de las piedras.

— Una gallinita tonta y asustada puede inventarlo todo —intervino el Pavo—. Si... eso puede ser.

— ¡Es un hongo! Yo he visto muchos como éste, pero sin espinas —dijo el Ganso.

Todos se burlaron de la ocurrencia del Ganso.

— Se parece mucho a un sombrero —trató de explicar alguien, y de él también se burlaron.

— Señores, ¿acaso los sombreros tienen ojos?

— Esto es algo muy serio, tenemos que actuar —decidió el Gallo. ¡Eh, tú, espinoso, di quién eres! No bromeo, ¿me escuchas?

Como no hubo respuesta, el Gallo se sintió ofendido y se lanzó hacia el desconocido. Intentó picarlo dos veces, pero pronto se detuvo y dijo:

— Esto... es una gran planta espinosa, y nada más. Es todo. Pero si alguien quisiera probar...

Todos decían lo que les venía a la cabeza, menos el Pavo. Este callaba. Que los demás digan tonterías, él los escuchará. Alborotaron durante mucho tiempo, criticaron y discutieron, hasta que alguien exclamó:

— Señores, ¿por qué nos rompemos la cabeza inútilmente? Preguntémosle al Pavo, él todo lo sabe...

— Desde luego que lo sé —respondió el Pavo, abriendo su cola e hinchando su rojo moco.

— Si lo sabes, dínoslo.

— ¿Y si no quiero? Sencillamente no quiero.

Todos comenzaron a rogarle.

— Tú eres el más sabio... ¡dinos cariño!... ¿qué te cuesta decirlo?

Se pavoneó durante mucho tiempo y finalmente dijo:

— Bueno... les diré. Pero primero quiero saber qué piensan ustedes de mí.

— ¿Pero quién no sabe que tú eres el ave más sabia? —respondieron en coro—. Incluso tenemos un dicho "Ser sabio como el pavo".

— ¿Entonces, me respetan?

— Sí, todos te respetamos...

El Pavo se pavoneaba, sacudió sus plumas e infló el moco. Dio tres vueltas alrededor del misterioso animal y dijo:

— Esto... ¿quieren saber qué es?

— Sí, sí... por favor, dínoslo pronto.

— Esto es algo que se mueve hacia alguna parte...

Todos quisieron reírse, pero se oyó una voz burlona y fina que dijo:

— ¡Vaya, que ave más sabia! Ja, ja, ja...

Por entre las espinas asomaba un pequeño hocico negro, husmeó el aire y exclamó:

— ¡Buenas, señores! ¿Cómo es que ustedes no reconocen al erizo? Soy el señor Erizo Gris... ¡Qué Pavo más cómico tienen ustedes! Perdonen, que... ¿cómo decirlo? Sí, es un Pavo tonto.

3

Todos se atemorizaron ante la ofensa que le hizo el Erizo al Pavo. Claro que el Pavo dijo tonterías, pero eso no significaba que el Erizo tuviera derecho a ofenderle. Esto no está bien. Llegar a una casa ajena y ofender al amo. El Pavo, de todas maneras, se

considera un ave importante y no se le puede comparar con un insignificante erizo. Todos al mismo tiempo se pusieron del lado del Pavo y comenzó la algarabía.

— Posiblemente el erizo considere que todos somos bobos —gritó el Gallo, abriendo las alas.

— ¡El nos ofendió!

— Si aquí hay un bobo este es el Erizo —enfatizó el Ganso, levantando el cuello—. Esto lo comprendí de inmediato... sí...

— ¿Acaso un hongo puede ser bobo? —respondió el Erizo.

— Señores, ¿qué necesidad tenemos de hablar con ese tonto? —cacareó el gallo—. De todas maneras él no entiende nada... me parece que perdemos el tiempo. Señor Ganso, usted debe agarrarlo por las espinas, con su fuerte pico, y nosotros lo cogeremos por otro lado, así se verá quién es aquí el más sabio. La inteligencia no se cubre con espinas.

— En esto estoy de acuerdo—dijo el Ganso—. Será mejor si lo agarro de las espinas, y usted, Gallo, le pica el hocico... Bien, señores, ahora se sabrá quién es el más sabio.

El Pavo permanecía en silencio. Al comienzo lo aturdió el descaro del Erizo y no se sentía preparado para responderle. Luego se enfureció tanto que hasta él mismo se sorprendió. Quería lanzarse sobre el grosero Erizo y despedazarlo para que todos lo vieran y comprendieran que el Pavo era un ave fuerte y seria. Dio unos pasos hacia el Erizo, se esponjó de ira y estaba a punto de abalanzarse cuando todos empezaron a gritar y a pelearle al Erizo. El Pavo se detuvo y con paciencia esperó a ver en qué terminaba todo.

Cuando el Gallo propuso halar al Erizo desde distintos lados, el Pavo lo detuvo.

— Permítanme, señores, tal vez podamos arreglar todo pacíficamente... me parece que hay un malentendido. Dejen esto en mis manos.

— Bien, esperaremos —aceptó con disgusto el Gallo quien quería pelear con el Erizo—. Pero sé que de esto no saldrá nada...

— Es asunto mío —respondió tranquilamente el Pavo—, escuchemos. Todos se amontonaron alrededor del Erizo y esperaron.

El Pavo hizo un rodeo y exclamó:

— ¡Escuche, señor Erizo!... explíquenos con toda seriedad... yo no quiero conflictos en mi casa.

"Oh, qué inteligente", pensó la Pava muda de asombro escuchando a su Pavo.

— Preste especial atención, señor Erizo, que usted se encuentra entre gente correcta y educada —continuó el Pavo—. Esto ya le dirá algo... muchos consideran un honor entrar a nuestro patio, pero son pocos los que lo logran.

— Es verdad, es verdad —exclamaron a coro los demás.

— Le digo esto, pero no es lo principal...

El Pavo guardó silencio para darse importancia y luego continuó:

— Lo principal es esto... ¿no pensará usted que nosotros no sabíamos que se trataba de un erizo? Estoy convencido que el Ganso, al tomarlo por un hongo, bromeaba, así como el Gallo y los demás, ¿no es así, señores?

— Completamente cierto —gritaron todos al mismo tiempo, tan fuerte que el Erizo escondió su negro hocico.

"Ah, qué inteligentes", pensó la Pava, que ahora comenzaba a comprenderlo todo.

— Como usted ve, señor Erizo, a todos nos gusta bromear. Y a mí, más que a nadie. ¿Por qué no bromear? Me parece que usted también es bromista...

— ¡Ah, lo adivinó! —afirmó el Erizo, mostrando de nuevo el hocico—. Soy tan alegre que en las noches no puedo dormir... lo que a muchos les molesta. Y a mí me aburre dormir.

— Comprendo... tal vez usted tiene el mismo carácter que el Gallo, que por las noches canta como un loco.

Todos se alegraron como si a cada uno, para vivir plenamente, sólo le faltara un Erizo. El Pavo estaba muy contento de haber resuelto tan difícil situación, ya que el Erizo lo llamó tonto y se rió de él en su propia cara.

— A propósito, señor Erizo, dígame —le dijo el Pavo guiñándole un ojo— seguramente usted bromeaba al llamarme ...sí... ave poco inteligente.

— Claro que bromeaba —dijo el Erizo—. Es mi carácter.

— Sí, yo pensé lo mismo. ¿Lo oyen, señores? —preguntó el Pavo.

— Oímos... quién podría dudarlo.

El Pavo se inclinó hacia el Erizo y le dijo en secreto:

— Ahora, le contaré mi gran secreto, pero con una condición: no se lo diga a nadie. La verdad es que me da un poco de vergüenza hablar de eso, pero ¿qué hacer, si soy el ave más sabia? A veces esto me confunde, pero la verdad no se puede ocultar... por favor, de esto ni una palabra.

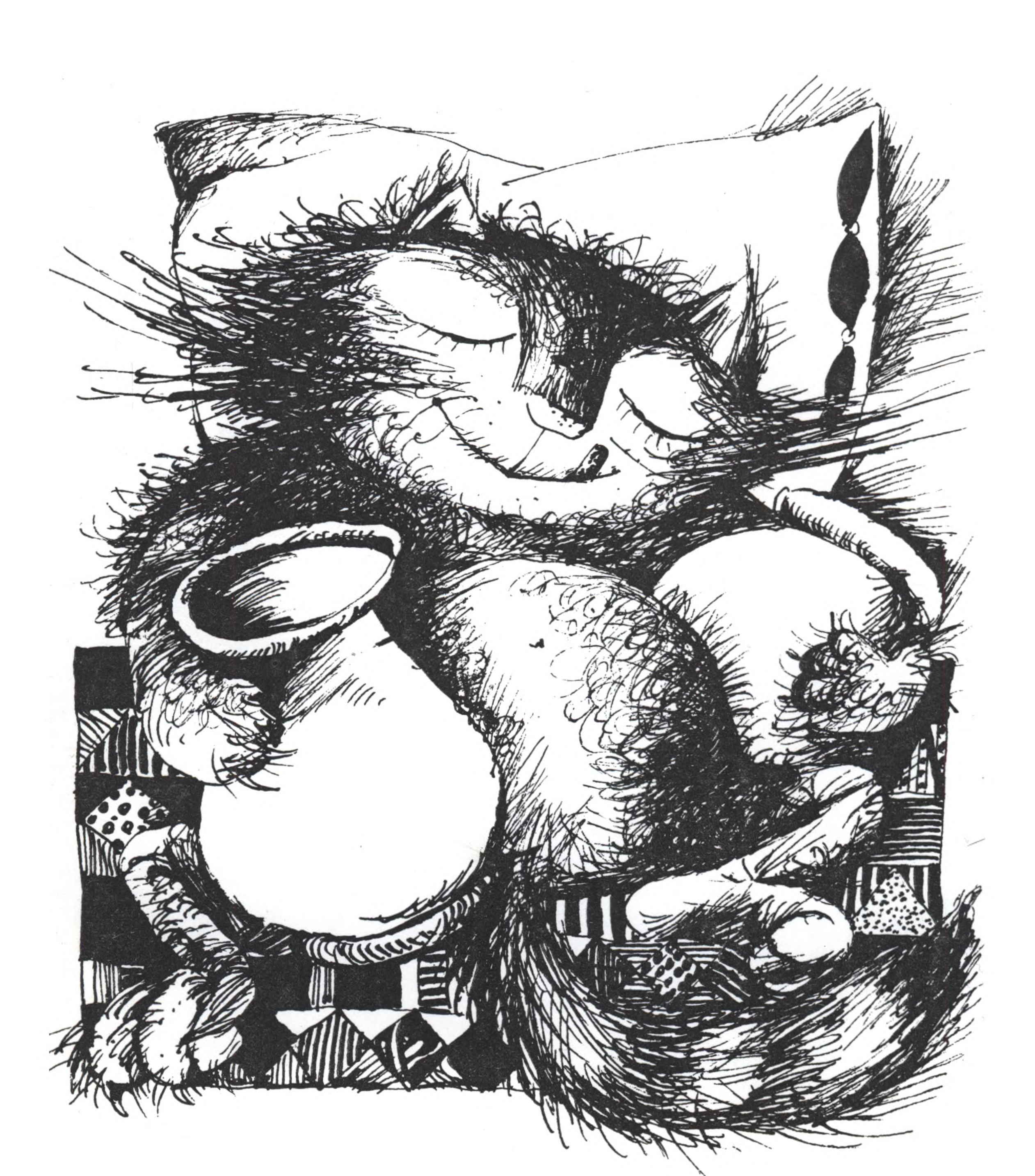






FABULA SOBRE LA LECHECITA, LA PAPILLA DE AVENA Y MURKA, EL GATITO CENICIENTO

¡Soy un gato, gato, gato!...



1

Créanlo o no, era sorprendente. Y lo mejor, era que se repetía cada día. Sí, tan pronto ponían en la estufa la ollita con la leche y la vasija con papilla de avena, comenzaba... Al principio, todo parecía normal, pero luego se oía:

— Yo soy Lechecita.

— Y yo, Papilla de avena.

Primero hablan bajo, con susurros, pero después de un rato, Papilla y Lechecita suben el tono.

— ¡Soy Lechecita!

— ¡Yo, Papilla de avena!

La Papilla tenía puesta la tapa, y refunfuñaba en su vasija como una viejecita, y cuando comenzaba la pelea, una burbuja subía, estallaba y decía:

— Sí... soy Papilla... ¡pum!

A la Lechecita esta jactancia le ofendía mucho.

— Dígame, por favor, "cosa nunca vista", ¿qué es ser papilla de avena?

La Lechecita comenzó a enfurecerse, subía la espuma y trataba de salirse de la olla. La cocinera se distraía y la Leche se derramaba sobre la estufa.

— ¡Ah, qué Lechecita esta! —se quejaba la cocinera—. Me distraigo un instante y ella se derrama.

— ¿Qué puedo hacer con mi carácter, si hierve en seguida? —se justificó la Leche—. No me gusta ser así. Además, esa Papilla, con su jactancia, refunfuñando desde su olla: "Soy Papilla, soy Papilla, soy Papilla"... Me tiene loca.

A veces la cosa llegaba a tanto, que la Papilla se escapaba de su olla, a pesar de la tapa, se arrastraba por la estufa y repetía:

— ¡Soy Papilla, Papilla, Papilla!...

En verdad esto no ocurría muchas veces, pero sucedía, y la cocinera desesperada repetía:

— ¡Qué horrible Papilla!... Por qué no se está quieta en su vasija, es increíble.

2

La cocinera se quejaba con mucha frecuencia. Y tenía bastantes razones para hacerlo. Por ejemplo, el gato Murka le daba mucho trabajo. Y eso que era muy bonito y la cocinera lo quería mucho. Cada mañana comenzaba con que el gato le seguía los talones con tan lastimeros maullidos, que ni un corazón de piedra lo hubiera soportado.

— ¡Qué comilón eres! —exclamaba la cocinera, echando fuera al gato—. ¿Cuántos hígados te comiste ayer?

— Sí, pero eso fue ayer —decía Murka.

— Deberías cazar ratones y comértelos, perezoso.

— Sí... decirlo es fácil. Intente usted misma cazar aunque sea un ratón —se justificó Murka—. Me parece que me esfuerzo lo suficiente... Recuerde, ¿quién cazó la semana pasada un ratoncito? ¿Y quién me arañó la nariz? Por poco atrapo una rata, y ella me clavó las uñas en la nariz... ¿Ve? Esto es fácil decirlo. A ver, ¡cace usted uno!

Cuando Murka se hartaba de comer, se acomodaba cerca de la estufa, en donde hacía más calorcito, cerraba los ojos y dormitaba a pata tendida.

— ¿Ves? Comiste demasiado. Hasta te saboreaste y siempre me pides más carne —Decía sorprendida la cocinera.

— No soy un monje para no comer carne —replicaba el gato abriendo un ojo—. También me gusta el pescadito... y mucho. No sabría qué es mejor: el hígado o el pescado. Como de las dos cosas... Si fuera humano y no gato, hubiera sido pescador o repartidor, como el que nos trae el hígado. Les daría de comer, hasta el hartazgo, a todos los gatos del mundo y yo mismo, siempre estaría bien comido.

Cuando Murka tenía la panza llena, le gustaba entretenerse con variedad de cosas. Por ejemplo, se sentaba dos horitas en la ventana donde colgaba la jaula del estornino. Se divertía viendo saltar al pájaro bobo.

— Te conozco, viejo bribón —chillaba el pájaro—. ¿Qué me miras?

— Quisiera ser tu amigo.

— Sé bien qué significa "ser tu amigo"... ¿Quién se comió hace poco un gorrioncito? ¡Hum! Qué repugnante...

— No, no soy tan repugnante. Por el contrario, a mí todos me quieren... Ven, ven, te contaré un cuentecito.

— ¡Ah, pícaro! No tienes ningún buen cuento que contar. Yo vi cómo le contabas tus historias a un pollito asado que te robaste de la cocina. A mí no me vengas con cuentos...

— Como quieras. Yo deseo divertirte. ¿Y qué importa un pollito que ya estaba asado?

3

Murka se sentaba cada mañana junto a la estufa y escuchaba con atención la riña entre la Leche y la Papilla. El no comprendía bien que pasaba, y sólo pestañeaba.

— Soy Lechecita.

— Soy Papillita, Papillita, Papillita, Papiii...

— No comprendo, no entiendo absolutamente nada —dijo el gato—. ¿Por qué se pelean? Por ejemplo, si yo repitiera, soy un gato, gato, gato... ¿Alguien se molestaría? No, no lo entiendo. A propósito, reconozco que prefiero la lechecita, en especial cuando no está enojada.

Un buen día la Lechecita y la Papilla se pelearon de tal manera, que se salieron de la olla sobre la estufa y empezó un horrible olor a quemado. Corrió la cocinera y se asombró.

— Y ahora, ¿qué haré? —se quejó y retiró de la estufa la Leche y la Papilla—. No me puedo distraer ni un segundo.

La cocinera dejó todo y se fue al mercado. Murka aprovechó este momento, se sentó al lado de la Lechecita, la sopló y le dijo:

— Por favor, Lechecita, no te enojes...

Esta empezó a tranquilizarse. Murka avanzó en torno a ella, la sopló de nuevo, se arregló los bigotes y dijo con voz muy melosa:

— Vean señores... pelearse está muy mal. Elíjanme juez de

paz y ahora mismo les solucionaré su problema.

Una cucaracha negra que asomaba en un rincón, casi se atraganta de la risa: "¡Vaya juez de paz! ja, ja. ja... Viejo zorro, qué no habrá planeado..." La Lechecita y la Papilla por su parte estaban contentas porque al final todo se arreglaría. Ellas mismas no sabían por qué reñían.

— Bueno, bueno, lo arreglaré todo —dijo Murka—. Soy muy franco... A ver, comencemos con la Lechecita.

Dio unas cuantas vueltas en torno a la vasija de la leche, la sopló y la probó con su patica.

— ¡Ay, socorro! —chilló la cucaracha—, se tomará toda la leche y me echarán la culpa a mí.

Cuando la cocinera regresó del mercado, la vasija de la leche estaba vacía. Murka dormía plácidamente cerca de la estufa, como si no hubiera hecho nada.

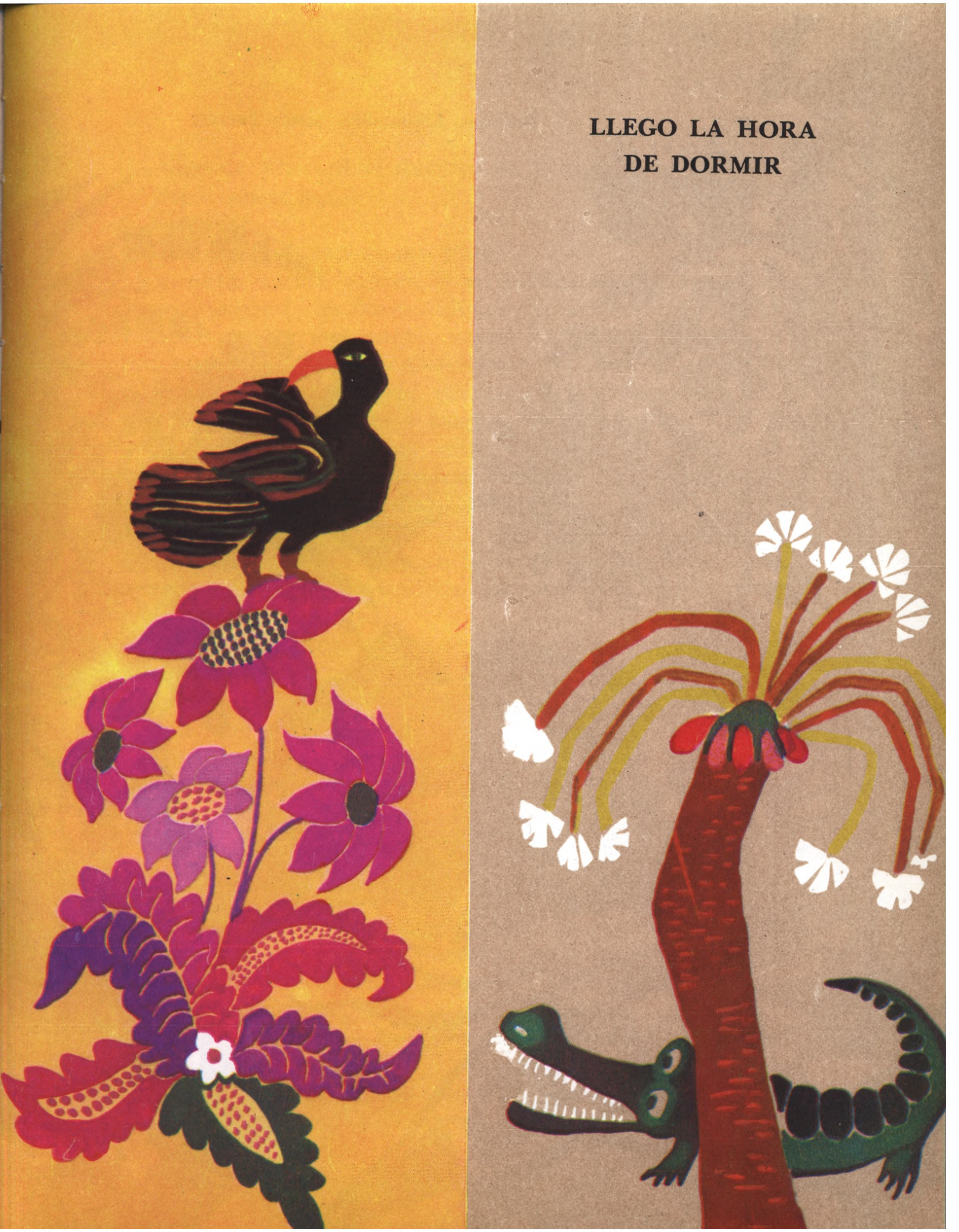
— ¡Ah, qué holgazán!, dime, ¿quién se tomó la leche? — Lo regañó la cocinera, agarrándolo de una oreja.

Aunque le dolía, Murka se hizo el desentendido y el que no sabía hablar. Cuando lo echaron de la casa, se sacudió, se alisó sus desordenados pelos, levantó la cola y dijo:

— Si yo fuera cocinero me dedicaría a alimentar, día y noche, a todos los gatos con buena leche. Sin embargo, yo no critico a mi cocinera pues ella no entiende nada de esto.






LLEGO LA HORA
DE DORMIR



Duerme, Aliónushka, ¡crece fuerte!

1

Un ojito de Aliónushka duerme ya, y una orejita también...

— Papá, ¿estás aquí?

— Sí, hijita.

— Sabes papá... quiero ser reina...

Aliónushka dormía sonriendo en sueños. ¡Ah, cuántas flores y todas tan alegres! Las flores rodearon la camita de Aliónushka, susurraban y reían con suaves voces. Las había de todos los colores, purpúreas, celestes, amarillas, azules, rosadas, blancas y rojas. Formaron en el cielo un arco iris, esparcieron vivas chispas, fuegos multicolores y alegres ojitos infantiles.

— ¡Aliónushka quiere ser reina! —exclamaron alegres las Campanitas del campo, meciéndose en sus finas paticas verdes.

— ¡Ah, qué graciosa niña! —susurraron las modestas Nomeolvides.

— Señores, esto no es una broma, es algo para discutir —dijeron enfáticos los amarillos Dientes de León—. Yo, al menos, no me lo esperaba...

— ¿Y qué significa ser reina? —preguntó el Azulejo—. Yo nací en el campo y no entiendo las leyes de la ciudad.

— Muy sencillo... —intervino la rosada Clavellina—. Es algo tan simple que no necesita explicación. Reina... es, es... Pero cómo ¿aún no lo comprenden? ¡Es extraño!... Ser reina es ser rosada como yo. En otras palabras: Aliónushka desea ser una Clavellina, ¿está claro?

Todos rieron alegremente menos las Rosas, que se sentían ofendidas. ¡Todo el mundo sabe que la Rosa, delicada, fragante y maravillosa, es la reina de las flores! ¿De cuándo acá una Clavellina se atreve a considerarse reina? Es absurdo. Finalmente, una Rosa se llenó de ira y enrojeciendo aún más, exclamó:

— Perdón, pero Aliónushka lo que desea es ser una Rosa que es la reina porque todos la quieren a ella.

— Esto es el colmo —gruñó el Diente de León—. ¿Y quién creen que soy yo?

— No se enoje, por favor —lo tranquilizaron las Campanitas

silvestres—. Eso estropea el humor y no está bien. Mire, nosotras no decimos que Aliónushka quiere ser un Campanita, porque eso está claro.

2

Había muchas flores y era muy divertida la riña entre ellas. Florecitas silvestres como el Lirio de los valles, la Violeta, las Nomeolvides, las Campanitas, los Azulejos, eran muy sencillos; y las cultivadas en invernadero como las Rosas, los Tulipanes, los Alelíes, los Narcisos y las Azucenas, parecían algo presuntuosas, igual que niño rico ataviado para una fiesta. Las preferidas de Aliónushka eran las sencillas florecitas silvestres, con ellas hacía ramiletes y tejía coronitas. ¡Cuánta gracia tenían!

— Aliónushka nos quiere mucho —susurraron las Violetas—. En la primavera, tan pronto como la nieve se derrite, somos las primeras en florecer.

— Y nosotros también —dijeron los Lirios—. Nacemos en primavera... No somos exigentes y crecemos en el mismo bosque.

— ¿Y qué culpa tenemos nosotros de que nos haga daño el frío del campo? —dijeron las aromáticas y encrespadas Azucenas y los Jacintos—. Aquí sólo estamos de visita, nuestra patria está lejos, allí donde reina el calorcito y jamás aparece el frío. ¡Ah, qué bien se pasa en nuestra querida tierra! ¡Y qué aburrido lejos de ella!... Aquí en el norte tienen ustedes bastante frío. Pero ¿saben?, también a nosotros nos quiere Aliónushka. Y mucho...

— Aquí lo pasamos bien —agregaron en tono de reproche las florecitas silvestres—. Claro que a veces hace mucho frío, pero es sano... Además, el frío acaba con nuestros más crueles enemigos como mosquitos, gusanitos y diferentes bichitos. Si no fuera por él, la pasaríamos mal.

— A nosotras también nos gusta el frío —agregaron las Rosas. Lo mismo dijeron las Azaleas y Camelias. Todas lo necesitaban para luego poder florecer.

— Tengo una idea, señores. Propongo que cada uno hable

sobre su patria —exclamó el Narciso blanco—. Esto será muy interesante... Aliónushka nos escuchará. Sí, ella también nos quiere a nosotros...

Todos hablaban a la vez. Las Rosas, con los ojos empañados de lágrimas, recordaban los fértiles valles de Shiraz; los Jacintos, Palestina; las Azaleas, América y las Azucenas, Egipto... Habíanse reunido flores del mundo entero y tenían mucho que contar. La mayoría procedía del sur, donde siempre se le ve la cara al sol y nunca hace frío. ¡Allí se vive de maravilla!... ¡Sí, el calor es eterno! Qué árboles tan frondosos tenemos, qué pájaros tan vistosos, cuántas bellas mariposas que parecen flores volantes, y flores que parecen mariposas...

— Aquí en el norte estamos sólo de visita, el frío nos marchita —susurraron las plantas que vinieron del sur.

Hasta las sencillas florecitas del lugar sintieron pesar por ellas. Sí, en verdad se necesita una gran resistencia cuando soplan los fríos vientos, cuando cae la lluvia fría y cuando nieva. Desde luego, la nievecita primaveral pronto se derrite, pero no deja de ser nieve.

Después de oír estas historias intervino un Azulejo:

— No lo discuto; tal vez sean más bonitas que nosotras, sencillas florecitas del campo, lo admito... Sí... en una palabra, ustedes son nuestros queridos huéspedes, pero su mayor defecto es que florecen para gente rica. En cambio nosotras florecemos para todos. Somos mucho más bondadosas... Miren, a mí, por ejemplo, pueden verme en la mano de cada niño campesino. ¡Cuánta alegría les traigo a los pobrecitos! Por mí no es necesario pagar, basta con ir al campo. Crezco al lado del trigo, del centeno y de la avena.

3

Aliónushka escuchó lo que contaban las florecitas y se sorprendió. Ansiaba verlo todo con sus propios ojos, visitar esos maravillosos países de los que hablaban.

— Si yo fuera golondrina, ahora mismo volaría —dijo—, ¿por qué no tendré alas? ¡Ah, qué bueno ser pajarito!...

No pudo continuar porque una Mariquita la interrumpió. Era una auténtica mariquita: de color rojo, lunarcitos y cabeza negros y paticas muy delgadas.

— ¡Volemos, Aliónushka! —le dijo a la niña, moviendo sus pequeños bigotes.

— Pero si no tengo alas, Mariquita.

— Siéntate sobre mí...

— Y, ¿cómo hacerlo, siendo tú tan pequeñita?

— Mira, así...

Aliónushka miraba y se sorprendía cada vez más: la Mariquita abrió sus alitas exteriores y se hizo dos veces más grande. Entreabrió sus segundas alas, delgadas como una telaraña y se agrandó aún más. Crecía ante los ojos de Aliónushka, y por fin la niña pudo acomodarse sobre su espaldita, entre sus alas rojas.

— ¿Estás cómoda, Aliónushka?

— Mucho, mucho...

— Ahora, agárrate con fuerza.

En el primer instante, cuando emprendieron el vuelo, Aliónushka cerró los ojos de miedo. Le parecía que no era ella quien se elevaba por los aires, sino todo lo que veía: ciudades, bosques, ríos y montañas. Luego sentía que se hacía tan diminuta como la cabeza de un alfiler, y además tan ligera como la pelusa de Diente de León. Tan rápido volaba la Mariquita que el viento silbaba entre sus alas.

— Mira lo que se ve allá abajo —le dijo a la niña. Aliónushka miró y quedó sorprendida.

— ¡Ah, cuántas rosas!... rojas, amarillas, blancas y rosadas. Veíase la tierra alfombrada de rosas.

— Bajemos —le pidió la niña a la Mariquita.

Descendieron y Aliónushka volvió a ser grande, como antes, mientras la Mariquita se hizo pequeña.

Aliónushka corrió y corrió por el campo, cortó un grueso ramillete de rosas. Eran muy bellas y su aroma hacía dar vueltas

la cabeza. Qué bueno sería llevar este campo de rosas al norte, allí donde son sólo preciados huéspedes...

— Bueno, volemos de nuevo —dijo la Mariquita enderezando sus alitas. Otra vez se hizo grande y Aliónushka pequeñita.

4

Y volvieron a volar.

¡Qué bonito se veía todo a su alrededor! El cielo era muy azul y, abajo, aún más azul, estaba el mar. Volaron sobre los acantilados.

— ¿Acaso volaremos sobre el mar? —preguntó Aliónushka.

— Claro... sólo debes permanecer quietecita y agarrarte fuerte.

Al principio, Aliónushka sintió miedo, pero luego se tranquilizó. Además de cielo y agua, no se veía nada. Pero, de pronto, aparecieron sobre el mar barcos que parecían grandes pájaros de alas blancas. Las embarcaciones se veían como moscas. ¡Ah, qué belleza!... Más allá se divisaba una playa lisa, de arenas doradas, la desembocadura de un río, una ciudad completamente blanca, como hecha de azúcar. Adelante se veía un árido desierto, donde se levantaban algunas pirámides. La Mariquita descendió a la orilla de un río, donde crecían verdes papiros y maravillosas y delicadas Azucenas.

— ¡Qué bien se está con ustedes! —les dijo Aliónushka—. ¿Aquí no llega el invierno?

— ¿Qué es eso del invierno? —se sorprendieron las Azucenas.

— Invierno es cuando cae nieve...

— ¿Y qué es nieve?

Las Azucenas sonrieron. Pensaban que la pequeña niña del norte se burlaba de ellos. Sabían que cada otoño venían del norte bandadas de pájaros. Estos también hablaban del invierno y, aunque nunca lo habían visto, contaban lo que otros decían. Aliónushka no podía creer que no hubiera invierno. ¿Entonces,

no hacían falta ni abrigo de piel, ni botas de fieltro?

Siguieron volando. Pero a Aliónushka ya no la sorprendían ni el mar azul, ni las montañas, ni el desierto abrasado por el sol, donde crecían los Jacintos.

— Tengo calor —se quejó la niña—. Sabes, Mariquita, tampoco es bueno cuando sólo hay verano.

— Todo depende de las costumbres, Aliónushka.

Volaron hasta las altas montañas con las cimas cubiertas de nieve. Allí, no hacía calor.

Detrás de las montañas comenzaban bosques impenetrables. Bajo las copas de los árboles todo era oscuridad pues no penetraban allí los rayos del sol. Veíanse los micos saltar de rama en rama, había nubes de pájaros: verdes, amarillos, rojos y azules... Lo más sorprendente eran las flores. Las había de todos los colores; parecían pequeños pájaros y grandes mariposas. El bosque lucía de fuegos vivos, multicolores.

— Estas son las Orquídeas —explicó la Mariquita.

Caminar era imposible. Todo parecía un tejido y ellas levantaron el vuelo. En medio de aquel verdor apareció un caudaloso río. La Mariquita descendió y se posó sobre una gran flor blanca que vivía entre el agua. Aliónushka nunca había visto flores tan grandes como ésta.

— Es una flor sagrada. Se llama Flor de Loto —explicó la Mariquita.

5

Aliónushka vio tantas cosas que al final se cansó y quería irse a casa: nada mejor que estar en casa.

— Me gusta la nievecita —dijo Aliónushka.— Sin invierno es difícil pasarlo bien...

Y volaron de nuevo. A medida que se acercaban al Norte, el frío aumentaba. Pronto aparecieron los campos nevados, sólo un bosque de pinos lucía verde. Aliónushka se alegró muchísimo al verlo.

— ¡Abeto, abetico! —gritó la niña.

— ¡Hola, Aliónushka! —respondió desde abajo un abeto verde. Era un auténtico árbol de Navidad. Aliónushka lo reconoció al instante. ¡Ay, qué bonito!... La niña se inclinó para decirle lo bonito que era y de repente cayó al vacío. ¡Huy, qué miedo!... Dio unas cuantas vueltas en el aire y cayó sobre la blanda nieve. De miedo, Aliónushka había cerrado los ojos y no sabía si estaba viva.

— ¿Cómo llegaste hasta acá, pequeñita? —le preguntó alguien. La niña abrió los ojos y vio a un canoso y encorvado viejecito, a quien enseguida reconoció. Era el mismo que les trae a los niños buenos el árbol de Navidad, estrellitas de oro, cajitas de bombones y los más bellos juguetes. ¡Oh, este viejecito era muy bueno! Alzó a la niña, la arropó con su abrigo y de nuevo le preguntó:

— Dime, ¿cómo llegaste hasta acá, pequeña?

— Viajé en una Mariquita y ¡cuántas cosas he visto, abuelito!...

— Bueno, bueno...

— Yo sé quien eres. Tú les traes a los niños abetos de Navidad...

— Bueno, ahora mismo adorno uno.

Y le mostró a la niña una vara larga, que en nada se parecía a un abeto.

— ¡Qué árbol más raro, abuelito! Esto es un palo...

— Ya verás... ya verás.

El viejecito llevó a Aliónushka hasta una pequeña aldea cubierta por completo de nieve. Sólo se veían los techos y las chimeneas. Los niños ya esperaban al viejecito; brincaban y gritaban.

— ¡Arbolito, arbolito!...

Llegaron a la primera casita de madera. El viejecito sacó un bulto de avena sin trillar, lo amarró del extremo de la vara y la subió a la chimenea. De todos lados venían pajaritos que al llegar el invierno no emigran: gorrioncitos y verderones. Comenzaron a picotear los granos.

— ¡Este es nuestro árbol! —gritaron.

Aliónushka se llenó de alegría. Por primera vez vio cómo se adorna un abeto con los pajaritos que nos acompañan en el invierno. ¡Ah, qué alegría!... ¡Qué viejecito tan bueno! Un gorrioncito, el más inquieto de todos, reconoció pronto a la niña y exclamó:

— ¡Pero si es Aliónushka!, la conozco muy bien... Más de una vez me ha alimentado con migajas. Sí, es ella.

Los demás gorriones, también la reconocieron y formaron una gran algarabía.

Luego apareció uno que resultó ser muy, pero muy camorrista. Comenzó a empujar a los otros y a agarrar los mejores granos.

— ¡Hola, gorrioncito!...

— Ah, ¿eres tú, Aliónushka? ¿Cómo estás?...

El gorrión camorrista brincaba en una patica, entrecerró con picardía un ojo y le dijo al buen viejecito:

— ¿Sabes?, Aliónushka quiere ser reina... Sí, hace poco se lo oí decir.

— ¿Quieres ser reina, pequeñita? —preguntó el viejecito.

— Mucho, mucho, abuelito.

— Muy bien, así será cuando crezcas: toda mujer es reina y toda reina es mujer... Ahora ve a casa y diles eso a todas las niñas.

La Mariquita, por su parte, se alegró de irse pronto, antes de que algún gorrión camorrista se la comiera. Volaron hacia la casa, rápido, rápido. Allí las esperaban las florecitas, discutiendo todo el tiempo sobre qué es una reina.

Duérmete, bien mío, duérmete, mi amor...

Un ojito lo tiene Aliónushka abierto y el otro dormido; una orejita duerme, la otra escucha. Todos se han reunido en torno a la camita de Aliónushka: la liebre valiente, el osito, el gallo pendenciero, el gorrión, y el cuervo, de negra cabeza, el gobio y un bichito muy chiquitín. Todos aquí, en el cuarto de Aliónushka.

— Papá —murmura la niña—, a todos los quiero... Los quiero mucho.

Se le cerró el otro ojito y se le durmió la otra orejita... En torno a la cama de Aliónushka verdea alegre la hierba primaveral, sonríen las florecillas, multitud de florecillas: azules, rosas, amarillas, celestes y coloradas. Sobre la camita inclina un abedul sus verdes ramas susurrantes, llenas de ternura. Brilla el sol, dorando con sus rayos la arena, y las azules olas del mar llaman a Aliónushka...

Duerme, Aliónushka, ¡crece fuerte!

Duérmete, bien mío, duérmete, mi amor...

INDICE



Estimado lector:

La Editorial le agradecerá profundamente toda sugerencia relacionada con el presente libro. Confiamos en que las obras rusas y soviéticas traducidas al español le ayudarán a conocer mejor la cultura y la vida del pueblo soviético.

Nuestra dirección:
Editorial Ráduga
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS, 119859

ИБ № 1815

Редактор русского текста М. Е. Шумская
Контрольный редактор М. С. Суви
Художник Г. Н. Юдин
Художественный редактор С. Е. Барабаш
Технический редактор А. П. Прянчикова

Сдано в набор 24.09.84. Подписано в печать 30.05.85. Формат 70х90/16. Бумага офсетная. Гарнитура Баскервиль. Печать офсет. Усл. печ. л. 8,19. Условн. кр.-отт. 51,19. Уч.-изд. л. 7,97. Тираж 145210 экз. Заказ № 4640 Цена 1 р. Изд. № 1608. Издательство "Радуга" Государственного комитета СССР по делам издательств, полиграфии и книжной торговли. Москва, 119859, Зубовский бульвар, 17. Ленинградская фабрика офсетной печати № 1 Союзполиграфпрома при Государственном комитете СССР по делам издательств, полиграфии и книжной торговли. Ленинград, 197101, ул. Мира, 3.



ISBN 5-05-000163-3